

PUNTO
ROJO

las siete serpientes

a. rolcest

BR



COLECCION

PUNTO ROJO



GARY ARKIN

EDGAR KEMP



A. ROLCEST

LAS SIETE SERPIENTES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 261

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal, B 4.968 - 1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1967

© A. ROLCEST - 1967
sobre la parte literaria

© DESILO - 1967
sobre la cubierta

© VIVAS - 1967
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.005. — Prisa para morir.

En Colección BUFALO:

701. — La zona negra.

En Colección SERVICIO SECRETO:

832. — La orgía de los *gangsters*.

En Colección CALIFORNIA:

542. — Ciudad sirena.

En Colección COLORADO:

481. — Estrechando el cerco.

En Colección KANSAS:

458. — Ley ciega.

En Colección ASES DEL OESTE:

414. — Manos ligeras.

En Colección BRAVO OESTE

296. — El naípe revancha.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

207. — El asesino blanco.

En Colección METRALLA:

76. — Grecia al rojo.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

87. — El lago del diablo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

571. — El beso a la muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

Apenas detuvo el coche se le acercó un policía.

—¿He aparcado mal? —preguntó despreocupadamente el conductor.

—Convendría que se situara más lejos —y el guardia señaló un semicírculo de coches que cortaban el paso por los dos extremos de la calle.

Era en un suburbio de Los Ángeles. El lugar estaba bastante oscuro.

El conductor se dio a conocer.

—Edgar Kemp, reportero. He llamado al Departamento del inspector Derwin y me han dicho que está aquí.

El guardia volvió a señalar el semicírculo de coches.

—Ya ve. Está ocupado. De un momento a otro saldrán las “ratas”.

—¿Qué coche ocupa el inspector?

El guardia indicó uno que estaba en la esquina de una callejuela, fuera del semicírculo.

—¿Retrocedo? —preguntó Edgar.

—Da lo mismo. Puesto que conoce al inspector, deje el coche aquí.

Edgar Kemp dejó el descapotable y en rápidas zancadas fue hacia el vehículo que estaba en la esquina de la callejuela. Un agente acababa de meterse en el coche cerrado del inspector Derwin.

—Ahora llegarán los bomberos. La puerta no se puede abrir —dijo el agente.

El inspector se quedó mirando la casa más vieja. Era la fachada posterior. Por orden de la policía habían ido apagando las luces en los compartimentos inmediatos a la habitación cerrada de la que salían alarmantes tufaradas de gas.

—¡Buen momento para suicidarse! —rezongó el inspector—. Hasta la muerte amparará a esos puercos.

Al volver la cabeza, se encontró con Edgar Kemp. Aún habiendo menos luz lo hubiera reconocido, por su esbeltez, por la raya blanca de su dentadura, cuando Edgar reía.

—¿Revolviendo trapos, inspector?

—¿Qué demonios haces aquí? Si no recuerdo mal, hace cinco

días nos despedimos para lo menos un par de meses.

—Así fue.

El subordinado del inspector se marchó y Edgar se sentó al lado de Derwin.

—¿No tomaste dos meses de vacaciones... para tu “gran novela”?

—Sí. Pero algo ha fallado.

—¿El tema?

—Ok, no. Lo tengo muy pensado. Ocurre que la realidad me ha dado un trompazo, echándome de espaldas. “Toma, majadero; ahí tienes un tema”.

—No te referirás a esto —y el inspector señaló la casa donde estaba la habitación cerrada.

Las trazas de lo que estaba ocurriendo en aquel barrio no podía ser más vulgar.

—¿Esto? Ya ni siquiera me muevo de la redacción cuando me llega el aviso de que los coches patrulla preparan las ratoneras. Hago de memoria una reseña y sale exacta.

—Menos las veces que metes la pata.

—Los lectores se distraen y eso es lo que cuenta. ¿De qué se trata ahora?

—Nada de importancia.

—¿Y usted está aquí?

—Porque uno de los tipos que se suponía íbamos a atrapar me interesa. Pero ya deben de haber huido los tres puercos.

Los bomberos habían llegado. La escalera empezó a elevarse, apuntando a una ventana. Un bombero con mascarilla trepó. Rompió los cristales y, tras unos momentos de espera, pasó al interior.

Durante varios minutos el inspector Derwin y Edgar permanecieron callados.

El subordinado llegó, abanicándose con el sombrero.

—Tal como usted pensaba, inspector. Ella estaba dentro, atada.

—¡Canallas! —rechinó el jefe—. Aquí ya nada tenemos que hacer. Vámonos.

—¿De quiénes se trata? —preguntó Edgar.

—De tres atracadores de los más chapuceros que me he echado a la cara. Esa pobre desgraciada era la amiga de uno. Los amparaba en su compartimento. Teníamos noticias de que estaba asustada y que de un momento a otro iba a abandonarlos. Ellos debieron darse cuenta y le han gastado esta burla del gas. Al mismo tiempo, avisan a la barriada de lo que le puede ocurrir a los que “flaquean”.

—Deben de haber escapado por la cornisa, pasando a otra

habitación —dijo el agente—. El bombero ha tenido que desparar un grueso pestillo.

—¡Vámonos, Milne! —dijo el inspector, súbitamente irritado—. ¡Esto apesta!

Aquello era ya una cuestión de la policía local. El federal Derwin sentía deseos de maldecir, de golpearse la cara. Pero no quería hacerlo delante del subordinado.

—Yo tengo allá detrás mi coche —dijo Edgar—. Y quiero hablar con usted.

Tras permanecer unos momentos pensativo, dijo el inspector:

—Vete a dónde te salga de las narices, Milne. Ya me dejaré en la pensión este “fabricante de mentiras”.

El subordinado sabía muy bien cuándo el superior mordía rayos. Y soltó lo que más lo molestaba:

—Bien, “jefe”.

—¡Tu tía, pollo!

El inspector Derwin era un buen sujeto. Muy a pesar suyo, sentimental. Tanto el agente como Edgar sabían que lo que ahora lo amargaba era la estúpida muerte de la mujer que en aquellos momentos estaban sacando de la habitación.

Cerca del coche de Edgar estaba el policía de antes. Al reconocerlos, preguntó:

—¿No han salido las ratas?

—¡No han salido porque ya no estaban! ¡Pero ya daremos con ellas! —rezongó el inspector.

Momentos después Edgar enfilaba una callejuela que desembocaba en una populosa avenida.

—No he tenido suerte. Lo cojo de mal humor, Derwin.

—¡En mí caso quisiera verte! Tú tienes fallos en tus reportajes, pero te consuelas diciendo que entretienen a los lectores. Yo he cometido ahora una pifia... y mi consuelo es saber que una mujer que me pidió ayuda ha sido asfixiada.

—¿Se la pidió a usted directamente?

—Llamó al teléfono de mi pensión. No me dio el nombre, pero yo sabía quién era. “Si usted me prometiera... mano blanda con ellos, yo le diría... ¡Estoy asustada, inspector!”. Y colgó. Enseguida supe que era Clana, la que un día fue reina de los más elegantes clubs de Los Ángeles. Tú no has llegado a conocerla en su esplendor...

—Pero me suena el nombre. Tengo relación con los empleados de los mejores y peores clubs. A alguno le he oído hablar de esa mujer como de una promesa que no llegó a cumplirse.

—No se cumplió. Ahora era una momia —tras una pausa, exclamó—: ¡Y era hermosa, Dios mío! ¡Una criatura maravillosa!

Sostuvieron callados. El inspector miraba las luces de la avenida, que danzaban distorsionadas por las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se detuvieron cerca de un bar. Edgar, que sabía cuánta entereza tenía el inspector en momentos de verdadero peligro, quedó conmovido por la manera maquinal con que se dejaba llevar.

Se sentaron en un rincón del bar que estaba en penumbra.

—Un buen latigazo de *whisky*, despeje sombras y dispóngase a escucharme. Yo he suspendido mi novela porque, como ya le he dicho, la realidad me ha golpeado: “Mira esto, tonto”.

El camarero les trajo dos *whiskys*. El inspector permanecía abstraído.

Edgar repitió:

—Como se lo digo: la realidad me dio en la nuca, obligándome a que inclinara la cabeza para mirar al suelo.

El inspector levantó la mirada, posándola en el rostro moreno, de facciones agradables, del periodista. En ese momento Edgar miraba a la chica que estaba tras el mostrador. Era muy bonita.

Edgar solía ir de vez en cuando por aquel bar y el inspector lo sorprendió en el momento en que le sonreía a la muchacha.

—¡Oye! ¿Para qué me has traído aquí? —rezongó Derwin.

—Para contarle algo muy importante.

—Si es alguno de tus líos...

Edgar metió mano en un bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre.

—Aquí van unas fotos de algo que yo he encontrado. Apenas he vuelto a Los Ángeles he hecho que las revelaran. Antes de enseñárselas, quiero que usted me conteste a esto: “¿Me respaldará con toda su carga de cachivaches?”

—¿Qué cachivaches?

—Me refiero al laboratorio, a los archivos dactiloscópicos... También aludo a los detectives del Estado y a todas las pandillas de husmeadores que van a lanzarse sobre mi presa. Concretando: ha de prometerme que no me dejarán al margen, porque siempre puede haber algún as que yo tenga escondido en el sitio que menos imaginen.

El inspector no apartaba la mirada del sobre.

—Si es una broma, Edgar, has escogido un mal momento.

—¿Me promete que hará lo imposible porque este asunto, sea el que sea, no dejará que se le vaya de las manos?

—¿Yo cómo voy a prometerle nada si no sé de qué se trata?

Edgar sacó una foto.

—Mire esto.

El inspector vio unas rocas y algo que parecía la pala de un gigantesco remo.

—Esto parece el ala de un avión ligero —dijo Derwin, después de observar la fotografía en todas las posiciones.

—Mire esta otra.

En ella aparecía el empenaje estabilizador y el timón de dirección. Estaban hundidos en la arena. Al fondo se veían unas rocas.

Edgar siguió sacando fotos del sobre, esparciéndolas sobre la mesa.

La última que mostró fue la que correspondía a la cabina. Apenas se podía reconocer que aquello perteneciese a un avión, tan machacado estaba.

—¿Dónde has hallado estos restos? —y, antes de que el periodista contestara, agregó—: Esto parece que tiene mucho tiempo...

—¿Cómo cuánto calcula?

—¿Cómo demonios voy a dar una opinión? —mirando todas las fotografías, murmuró—: En el mismo desierto, ¿eh?

—¿Lo deduce por las fotografías? —preguntó humorísticamente Edgar—. Podía ser en la costa.

—Pero cuando te despediste de mi dijiste que pensabas asomarte al Mojave, incluso que pensabas hacer marchas a pie por el desierto, para dar más vigor a los personajes de tu novela.

Edgar rompió a reír.

—Y lo intenté. Llegué a estar dos días en el desierto. Me cansé y decidí regresar a la granja donde establecí mi cuartel general... Me perdí. No salí al sitio donde dejé el coche. Entonces la casualidad me dio un coscorrón. “¡Mira ahí!”. Entre las rocas y la arena vi los restos de un avión biplaza.

—¿Hallaste las iniciales indicadoras de su nacionalidad?

—No vi ninguna. Y estoy por asegurar que no las llevaba, cuando se estrelló.

Edgar se puso a recoger las fotografías esparcidas. Dejó encima la que correspondía a la cabina.

—Ahí dentro está el piloto, apergaminado. Pronto será un esqueleto.

Hubo un silencio. El inspector cogió la fotografía.

—Creo que se estrelló porque recibió un disparo en la nuca —

concluyó Edgar Kemp.

Cuando el inspector levantó la mirada vio que el periodista volvía a sonreírle a la bonita muchacha que estaba al otro lado del mostrador. Ella le correspondía, dirigiéndole una tierna mirada con sus ojos grandes y azules.

CAPÍTULO II

Cuando Edgar se separó del inspector, en Los Ángeles, ya había dejado el periodista dos puntos en un mapa.

Uno indicaba el lugar donde podrían encontrar los restos del avión.

Otro, el pueblo donde siete días más tarde debían encontrarse Derwin y Edgar.

El día y, a la hora exacta, los dos hombres se reunieron en un céntrico bar de Heigeon City.

—Hoy tiene mejor cara, inspector. Se nota que ha aguantado el sol del desierto.

El federal llevaba una cartera, que dejó sobre la mesa.

—Algo fresco, pero que “pique” —dijo al camarero.

—La especialidad de la casa —manifestó Edgar.

Y le hizo un guiño al empleado. Este sonrió, asintiendo.

Momentos después, al tomar el inspector el primer sorbo de lo que le habían servido, hizo un gesto de sorpresa.

—Esto es el Ártico y el Sahara metidos en un vaso.

Volvió a beber. Ya los dos fumando, preguntó el federal:

—¿Cómo va la novela?

—Está quieta.

—¿Y qué has hecho estos días?

—Esperar que llegara la fecha de hoy.

—¿Y si yo te dijera que el asunto de las fotos también ha quedado quieto?

—Le contestaría que hace trampa, porque sé que durante días han estado recogiendo los restos del avión, e indagando en muchas millas a la redonda.

—¿Tienes espías?

—¿Por qué no? Llevo mucho tiempo rozándome con ustedes. Y vuelvo a lo que le dije aquella noche: No me dejen al margen y tal vez yo no sienta la tentación de esconder algún as.

El inspector tomó unos sorbos de la refrescante y ardiente bebida.

—Tú sabes que esconder pruebas...

—Sin sermones, inspector. Sé todo. Ustedes tienen su profesión y yo tengo la mía. Una buena serie de reportajes tientan a un periodista a correr todos los riesgos. ¿Nos ayudamos mutuamente?

El inspector sonrió.

—No pensaba dejarte a un lado —y, como viera que Edgar sonreía mirando al mostrador, se volvió.

Ahora también se trataba de una chica, y bonita. Pero no estaba al otro lado del mostrador, sino del lado de los clientes. Iba acompañada de un hombre de edad madura.

Sentada en un taburete alto, una pierna sobre la otra, dejaba que se marcaran sus perfectos muslos.

De vez en cuando, a escondidas del que la acompañaba, volvía la cabeza para sonreírle a Edgar.

—¿Es que no descansas? —preguntó el federal.

—Si usted deja de respirar, ¿qué le ocurre? Es lo mismo que me sucede a mí ante unas piernas bonitas. ¿Por qué no he de sonreír?

El federal dio un manotazo a la cartera.

—¡Al grano!

—Pues, hale. ¿Qué se ha averiguado?

—El piloto tiene un disparo en la cabeza.

—Dígame algo nuevo. Eso ya lo comprobé. ¿Fecha aproximada del siniestro?

—Exactamente, ocho años.

—¿Por qué exactamente?

—El piloto llevaba una agenda de propaganda de una fábrica de neumáticos. El año y los meses no han podido ser borrados por el tiempo. Pero sí las anotaciones. Ahora están sometiendo la agenda a un cuidadoso análisis en el laboratorio. No se espera conseguir gran cosa. Números de teléfono de algunas amiguitas que el diablo sabe dónde se encuentran ahora.

—¿Han comprobado alguno?

—Sí. Más bien por deducción. Teléfonos de pensiones baratas, donde abundan las chicas de vida libre... Aquí lo importante es que en los archivos de la Aviación no se echa de menos la pérdida de un aparato biplaza, por la fecha que señala la agenda. Ni se han encontrado indicaciones de su nacionalidad.

—Un avión pirata.

—Exactamente. Que transportaba drogas... y tal vez otras cosas.

—¿Por qué supone que además de drogas...?

—Porque en la caja de mandos había un compartimento secreto que al estrellarse el avión se abrió. Pero esto debió ignorarlo el que hizo el disparo. Él ya debía tener su botín cuando se lanzó en paracaídas.

Edgar sonreía, mientras giraba el vaso. Ahora no miraba las perfectas piernas de la bonita muchacha, sino que se recreaba en

toda la maraña de ideas que habían estado formándose en su mente durante aquellos días de espera.

—¿Qué te choca? —preguntó Derwin.

—Oh, nada.

—La droga ha aparecido en pequeños frascos. La envoltura de plástico estaba cortada. ¿Lo hiciste tú?

—Sí —reconoció Edgar—. Me pasé varias horas escudriñando. Apenas supuse que era droga pensé en usted.

—Yo he tenido que pasar el asunto al Departamento de Narcóticos. El compañero que ha sido designado quiere hablar contigo. Es un buen muchacho, poco más o menos de tu edad. Además de que admira tus escritos, envidia tu “suerte” con las guapas. Congeniaréis. ¿Te lo presento?

Y se dispuso a levantarse.

—¿Está cerca?

—Ahí enfrente.

Edgar rompió a reír.

—Debí imaginar que usted no vendría solo. Bien, antes de presentármelo, dígame qué lleva en esa *cartera*.

—Informes de los laboratorios. Los leerás, pero no creo que saques nada de provecho. Voy por Jenkins.

Momentos después, cuando más entretenido estaba Edgard sonriéndole a la bonita cliente, entró el inspector acompañado de un joven alto, rubio, de ojos azules y sonrisa infantil.

—Este es Edgar, el que escribe más mentiras que ningún otro compañero de profesión. Este es Jenkins, del Departamento de Narcóticos, el hombre con cara de niño y pensamientos de viejo.

Se estrecharon la mano. El periodista tuvo enseguida la impresión de que simpatizarían.

—¿Es usted conocido en este Estado? —preguntó Edgar.

—Tutéame. Nadie me conoce aquí. Ya han influido para que el editor de tu periódico me tenga como meritorio. Y mira —sacó una carta del director del diario para el que trabajaba Edgar—. Te han designado como mi instructor.

Después de leerlo, Edgar miró a los dos policías.

—Eso es trabajar deprisa... Pero mi director sabe que estoy disfrutando de dos meses de permiso.

—Sí, me lo dijo cuando hablé con él —contestó el joven agente Jenkins—. Pero añadió: “Edgar se ha tomado dos meses de vacaciones para pasarlos fuera de Los Ángeles, pero antes de que transcurrieran ocho días, ya ha venido a la ciudad...”

—¡El verrugo del diablo! ¿Cómo pudo enterarse? —enseguida

exclamó—: ¡Ya! ¡Fui al periódico a revelar las fotos! Bastó que dijera: “Que no sepa el jefe que he estado aquí”, para que a los pocos minutos se lo comunicaran. ¿A que conoce lo de los restos del avión?

Jenkins asintió.

—Él ya sabía algo. Yo tuve que ampliar detalles.

—¿Y cómo reaccionó el señor Cloke?

Era el director del periódico.

—Se estiró los dedos. “Se avecinan buenos reportajes. A Edgar le hacen falta, porque ya lleva una temporada en que flojea...”

—¡Su abuela! —prorrumpió Edgar—. ¡A ese tío no lo contenta ni su hada madrina! ¡Lo tengo aquí! —y se tocó la garganta.

Menos mal que volvió a encontrarse con la cara bonita de la cliente que iba acompañada de un hombre maduro.

El inspector del FBI. Derwin, tocó con un codo a Jenkins, indicándole que mirara al mostrador.

—Y si ahora el que acompaña a esa monada se enfada, ya tenemos lío —comentó Derwin—. Yo ya me he visto en tres potajes, acompañando a este pollo.

Jenkins sonreía, encandilado, envidiando la suerte del reportero.

—¡Vaya pareja que vais a hacer! —rezongó Derwin.

Media hora más tarde, las piernas bonitas ya habían dejado de exhibirse en el bar. Antes de salir, la muchacha dirigió una furtiva mirada a Edgar.

—¿Cómo te las arreglas? —preguntó el inspector.

—No sea tonto. Desde ayer estoy en este pueblo. Esa joven se aloja en el mismo hotel que yo.

—Ah. ¿Y eso es suficiente?

—Anoche esa chica estaba esperando a su amigo. Cenamos en la misma mesa. Su amigo llegó esta mañana.

—¿Y qué más? —Derwin era un buen policía, y un buen sujeto, pero se consideraba un frustrado en cuestión de amoríos—. Sigue... ¿Qué pasó anoche? Digo después de la cena.

—No sea narizotas —contestó Edgar. Y dirigiéndose a Jenkins—: Si tú y el inspector me prometéis no mandar a ningún sabueso tras de mí, prometo estar de vuelta mañana a estas horas.

—¿Piensas irte? —inquirió Derwin.

—He de recoger mi equipaje, papeles y libros...

—¿En qué granja te refugias?

—¿Para qué demonios lo pregunta si lo sabe?

—¿Yo? —y el inspector giró los ojos.

—Anteayer me dijeron los granjeros: “Han venido dos hombres

haciéndose los tontos, pero que olían a brea a cien millas”.

—¿A brea?

—Bueno, dijeron otra cosa. No les caen bien los policías. Preguntaron si tenían un huésped de esta y de la otra manera... Ganas de fastidiar, Derwin. Yo espero que con este “aprendiz de periodista”, las cosas irán más rectas. Si este caso queda en manos de él, y él confía en mí, sobran trastos. Cuando necesitemos ayuda, la pediremos. ¿Qué opinas, Jenkins?

—Que así me gusta trabajar.

—Pues demuéstremelo impidiendo que nadie me siga. Mañana a estas horas estaré de vuelta. Y ya podremos regresar a Los Ángeles. Los dejo para que deliberen. Me voy al hotel.

Los dos federales, al quedar solos, permanecieron callados. De pronto, Jenkins rompió a reír.

—¡Simpatizo con Edgar! ¡Eso es hablar claro!

—Y que habrá que obedecer —agregó Derwin—. Es más listo que el hambre y un cabezota. Si él ve que tratamos de “pisarle” un asunto, tirará al mar los ases que pueda tener en la manga.

Hizo una pausa para beber del Ártico y el Sahara.

—Y en este caso tiene más de un as —añadió, con convicción—. De la forma en que se desenvuelve y espera... Incluso tiene tiempo para flirtear con muchachas que cenan solas... Conozco bien a Edgar. Cuando un asunto no está bajo su control, es un torbellino, hasta conseguir dominarlo. Y ahora está tranquilo. Demasiado tranquilo.

Después de otro silencio, decidió:

—Hay que hacer lo que pide: no echarle “sabuesos”... La verdad es que echamos manos de cada burro—. ¡Mira que ir a la granja donde se refugia Edgar, para saber si allí se alojaba él!... ¡Vaya castañas con carnet de agente...!

* * *

Confiaba en el inspector Derwin y en el joven del Departamento de Narcóticos. Pero no en los observadores que pudieran haber puesto otros mandamases de la policía local, con el propósito de pintarse un buen tanto.

Cuando Edgar colocó el equipaje en su coche, se despidió de los granjeros y se puso a rodar, durante un par de horas. Cuando tuvo el convencimiento de que no lo seguían, se dirigió a una granja que no quedaba muy lejos de una autopista.

Allí vivía un matrimonio de unos cincuenta años. Días antes

estuvo Edgar a verles. Se conocían desde hacía mucho tiempo.

Detuvo el coche junto a una barrera de árboles. El matrimonio estaba en la puerta de la casa.

—¿Cómo ha ido, Edgar? —preguntó el marido.

—Tal como les pronostiqué. ¿Aquí no han venido a molestarles?

—Nadie hasta ahora —contestó la mujer.

Dentro estaba una joven de unos veintitrés años, agraciada y fornida. Llevaba un pañuelo que le cubría la cabeza y, encaramada en una escalera, sacudía el techo.

—Hola, Lille.

La muchacha correspondió al saludo, riendo. Y siguió dando golpes con el sacudidor.

Pasaron a otra habitación. Apenas sentarse, dijo Edgar:

—Les pedí el otro día que procuraran hacer memoria. Sobre todo, que recordaran la fecha exacta.

—Es seguro que fue a mediados del verano —contestó Hoyt, el marido—. Lo recuerdo porque aquel día yo me hallaba muy cansado, porque entonces sembraba trigo en una franja en la que no puede entrar el tractor y tuve que segarlos con la hoz. Aquella noche llegó el hombre cojo...

—El año es lo que importa. ¿Hace cinco, seis, siete años?

—Ocho —dijo Hoyt, con firmeza.

—¿Por qué está tan seguro?

—Fue el año en que pagamos el último plazo de la granja. Cuando encontramos el brazalete en esta habitación, dijimos: “Un respiro tras otro”.

—Aunque confiábamos en que aparecería a reclamarla el que la perdió —manifestó la señora Hoyt.

—El individuo que ustedes tuvieron aquí durante unos días, ¿no les mandó luego ninguna cantidad de dinero, como agradecimiento?

—No le engañamos, Edgar, cuando le dijimos, hace tiempo, que por aquí pasó un hombre al que ayudamos y que ni siquiera nos dio las gracias al marcharse. El brazalete de oro no lo dejó como pago de su estancia aquí, sino que debió caérsele y rodar bajo la cama —dijo Hoyt.

—Ese aro pertenece a un “semanario”. Son siete aros. Se le debió romper la anilla que los sujeta. ¿Quieren sacarlo?

—Lo tengo aquí —y Hoyt abrió el cajón de una cómoda—. Estos días se ha comentado mucho lo del avión... Por lo que usted me dijo el otro día, temo que si el que acogimos en nuestra casa está metido en eso...

—No se asusten. Ustedes no tienen ninguna responsabilidad. Acogieron a uno que decía que había tenido un accidente de automóvil —mientras decía esto, Edgar contemplaba una vez más la ajorca de oro.

Era un aro grabado, formando una serpiente. Los ojos eran diminutas esmeraldas.

—Yo he visto en un brazo de mujer siete aros como este —dijo Edgar—. Quien perdió uno aquí, ha podido mandar hacer otro idéntico.

—¡Lléveselo, Edgar! ¡Estábamos impacientes porque Segara! ¡Encárguese usted de dárselo a la policía! —pidió la mujer, muy apurada.

Edgar se echó a reír.

—Les he dicho que no tienen ninguna responsabilidad. Este aro lo necesito, pero le firmaré un recibo. Y además dejaré dos mil dólares como garantía...

—¡Eso no, Edgar! ¡Tenemos toda la confianza en usted! —protestó el marido.

—Ya lo sé. Pero yo voy a meterme en un jaleo de mil diablos. Si me pasa algo, este aro quizá vaya a parar a manos de gentuza. Hace tiempo les oí que lo guardaban para cuando Lille se casara. Bien, ahí van esos dos mil dólares. Y ahora le extenderé el recibo.

Sacó pluma y un bloc y se puso a escribir. En vano protestaron los granjeros.

—¡Tiene usted la cabeza dura! —prorrumpió el granjero, en vista de que Edgar no desistía.

—No lo saben ustedes bien —contestó, al entregarles el recibo—. Además, esto es lo menos que se puede hacer por ustedes.

—¡Pero si a usted le ocurre algo...!

—Yo me he de meter de todas maneras. Encontré los restos de ese avión y no cejaré hasta dar con el tripulante que desapareció.

Se quedó mirando el aro. Lo hacía girar. Cada vez que llegaba a la cabeza de la serpiente, los diminutos ojos esmeralda parecían hacer guiños.

—¿A qué mujer le vi siete cabezas como la tuya? —lo dijo pensando en voz alta.

Los granjeros permanecieron callados. En la otra habitación, se oían los golpes del sacudidor con que Lille procuraba quitar el polvo y las telarañas del techo.

CAPÍTULO III

Abrió la puerta una mujer esbelta, de grandes ojos negros. Se envolvía con un batín.

—¡Edgar! ¿Qué rayo te ha traído aquí?

Se estrecharon la mano afectuosamente. Ya la puerta cerrada, la mujer señaló el mueble-bar.

—Sírrete lo que te apetezca. Me estaba arreglando para ir al club.

—Pero todavía falta más de una hora para tu actuación, Bessy.

—Ah. Es que ahora ha habido cambios. Kecton nos exige que alternemos con los clientes antes de actuar.

Mientras Bessy se desnudaba en la otra habitación, cuya puerta permanecía abierta, Edgar, junto al mueble-bar, se preparaba un combinado.

—Kecton no cambiará nunca. Si a las que sois figuras os obliga a alternar con los clientes antes de que actuéis, ¿qué no exigirá a las meritorias?

—Él dice que existe demasiada competencia y que hay que sujetar a los clientes con tornillos.

—¡Mándalo al diablo!

—No es tan sencillo, Edgar.

—Para otras, no. Pero tú, además de presencia, tienes voz. En cualquier club de más categoría te aceptarán. ¿Quieres que lo intente?

A medio vestir salió Bessy.

—Ya te debo bastante, Edgar. Tus reportajes me ayudaron mucho.

Fue debido a un choque entre *gangsters*. A Bessy la pilló en medio.

—De rechazo, se benefició Kecton —dijo Edgar—. Y parece que ahora se olvida.

—¿Te ha ocurrido algo con él?

—Indirectamente, sí. Recomendé a un buen hombre, para que lo empleara en la cocina. Ayer fue y Kecton le salió por pitos. Hoy ya le he conseguido empleo en un sitio mejor. Pero el gesto de Kecton no me gusta. Yo sé que necesita personal en el servicio.

No oyeron que un llavín se introducía en la cerradura. La puerta se abrió y apareció un tipo grandote, de facciones rudas.

Bessy estaba medio desnuda, al lado de Edgar, en actitud pensativa. El periodista mantenía el vaso cerca de los labios, también como abstraído.

—¡Muy bien! —rugió el recién llegado.

Y a continuación disparó un taco que hizo vibrar los tabiques. Enseguida extendió las manazas, yendo hacia el reportero.

—¡Clay! ¡No seas bestia! —dijo Bessy, pero más para avisar a Edgar que por apaciguar al recién llegado.

En el preciso instante en que el periodista, sin volverse, dejaba el vaso sobre el mueble, Clay se abalanzó sobre el periodista.

Edgar se agachó, girando. Levantó una rodilla y alcanzó al otro en la boca del estómago.

Se oyó un gruñido. Clay se dobló. Con las dos manos juntas, Edgar le asestó un golpe en la nuca y el recién llegado se desplomó, de bruces.

Edgar volvió a coger el vaso.

—¿Todavía es tan bodoque?

—Oh. ¡Progresas que es un gusto! —contestó Bessy—. Voy a terminar de vestirme.

Pasó a la otra habitación. Edgar sacó dos trocitos de hielo de la nevera y los colocó sobre la nuca del que estaba de bruces.

Se sentó, cabalgando una pierna sobre la otra, con el vaso en una mano.

Clay empezó a moverse. El hielo se deslizó por el cuello, camisa adentro. Se sentó, levantándose la camisa por detrás.

—¡Maldita sea!

—A lo mejor te sale sarna —dijo Edgar.

Clay atravesó los ojos.

—¡Vaya! ¡Eras tú!

—No. Soy mi tío —apuró lo que quedaba en el vaso y exclamó—: ¡Pero qué bruto eres, Clay!

La frente del grandote era muy estrecha. No obstante, a la hora de fruncir el ceño, podía alardear de más arrugas que la frente más despejada.

—También quería hablar contigo, Clay —y le pasó un paquete de cigarrillos.

Lo que quedaba del hielo se estaba derritiendo en el suelo.

—¡No debí casarme con ella! ¡Demasiado guapa para un tipo como yo! —exclamó Clay.

Bessy, ya con ropa de calle, apareció tan tranquila como se había marchado.

—Ahí lo tienes. Y él cree que me elogia...

—¿Kecton ya sabe de vuestro matrimonio? —preguntó Edgar.

—¡Pobre de mí si lo supiera!

En otro tiempo, Clay fue explotado por tipos cobardes que no se atrevían a dar los puñetazos que deseaban propinar a sus enemigos. Edgar le echó una mano a tiempo, evitando que se comprometiera demasiado. Ahora trabajaba en una serrería. Pero cuando él regresaba a casa, su mujer tenía que irse al club.

—Te buscaré un trabajo nocturno, Clay. Así tendréis más tiempo para discutir.

Bessy cogió el vaso que Edgar tenía en las manos.

—Tú no has venido por casualidad. Y he oído que también querías hablar con Clay. ¿O solamente con él?

—Con los dos —contestó Edgar—. Pero contigo hablaré más tarde en el club, Bessy. Si tienes trabajo, vete.

—Lo que quieres es hablar a solas con Clay.

Se inclinó y besó en una mejilla a su marido, quien seguía sentado en el suelo.

—Limpia luego ese charco —y mirando a Edgar—: ¿Has de venir al club?

—Seguro. Iré con un amigo.

Al marcharse Bessy, Clay se levantó y se fue a la cocina, llevando la camisa fuera del pantalón. Regresó con un trapo y secó el suelo.

Fue otra vez a la cocina, se lavó y, todavía con la camisa fuera, se sentó frente a Edgar.

—Adelante —invitó.

—El otro día, Owans Leber envió a uno de sus secuaces para decirte si no tenías bastante serrín en la cabeza, para que todavía siguieras tragando en la serrería.

Clay tenía unos ojos pequeños y los abrió de tal forma que pareció que se desgarraban.

—¿Cómo lo sabes? ¡Yo a nadie se lo dije! ¡Y estoy seguro de que el tipo que vino a verme tendría pocas ganas de explicar a nadie por qué le aticé...!

—Sin embargo, yo estoy enterado de que Owans Leber fue a proponerte que de nuevo trabajaras para él. Con alguien lo habrá comentado, ¿no crees?

Tras un silencio, Clay murmuró:

—Debías ser de la “bofia”. Tienes más vista y oídos que todos los departamentos de policía juntos.

—No he venido a verte para alardear de mis medios de información. Quiero solamente que me contestes sobre algo que tal vez te parezca estúpido, pero que para mí tiene importancia.

—Todo lo que yo sepa te lo diré. Te aprecio tanto como respeto tus llaves —Clay rompió a reír—. ¡Si Owans Leber llega a saber la facilidad con que siempre me derribas, maldito lo que se hubiera acordado de mí, para que de nuevo trabajara como hombre duro...!

—Como hacías antes. Y ahí es a dónde voy... Tú hace nueve años, poco más o menos, que conoces a Owans Leber.

—Diez años.

—¿Cuántos años seguidos trabajaste para él?

—Cuatro. Quizá más... Después, Owans quiso pintar la fachada y parecer hombre nuevo ante la policía, y nos licenció a casi todos.

—Owans Leber cambia de coche como cambia de amiga. ¿Tú podrías recordar quién era su chica favorita, hace ocho años?

Clay, tras quedar unos momentos pensativo, rompió a reír:

—¡Pues no pides tú nada!

—Puedo orientarte. Ya he hecho mis indagaciones. Existe una mujer que batió todos los récords. Se mantuvo por lo menos tres años como favorita de Owans Leber...

—¡Rina! —prorrumpió Clay—. ¡Sí, Rina!

Y tan contento estaba de haber recordado que fue al bar y preparó dos combinados.

—¡La recuerdo muy bien! ¡La gran zorra! ¡Qué manera de mirar y de ondular el cuerpo, cuando sabía que todos los muchachos la estábamos mirando! Y yo creo que al jefe le gustaba que nosotros la miráramos con hambre. A él y a ella creo que les agradaba...

Al tiempo que Edgar cogía el vaso, le tendió una mano.

—Lo de bestia queda un poco recortado, Clay. Has dado un golpe maestro. Es exactamente como tú has dicho: tanto el “jefe”, como la barragana de turno, se enardecían viendo vuestra “hambre”.

Bebió unos sorbos.

—Mis noticias coinciden con ese nombre: Rina... ¿Recuerdas su físico?

—Alta. Poco más o menos como Bessy. Con unos labios gruesos, y unos ojos grises así, como mis manos... ¡Qué maldita cuando los entornaba, tendida en el sofá, y nos decía: “¿Qué tal el día, muchachos?”

—¿Qué fue de ella?

Clay se encogió de hombros.

—Cuando el “jefe” terminaba con una, le llenaba de billetes el bolso, la acompañaba al avión y la mandaba a un país de Sudamérica. ¡A volar! Siempre a condición de que no apareciera por Los Ángeles durante algunos años.

—¿Recuerdas quién la reemplazó?

—A ver... No. La rubia que tenía voz de muñeco fue más tarde. ¡Sí! ¡Ya recuerdo! Antes, hubo otra que no tuvo tiempo de llenar el bolso ni de ir al aeropuerto. Una noche, al regreso de una fiesta que daba un amigo del “jefe”, murió en un accidente de coche, en el Sunset...

—¿Quién conducía?

—Ella. Se llamaba... ¡Ya lo recuerdo...!

Estuvo unos momentos dándose con los puños en la cabeza.

—¡Biny! ¡Bebía como seis de nosotros!... ¡Biny se llamaba!

—¿Y a Owans Leber no le ocurrió nada?

—Ella iba sola, en un deportivo que se comía las autopistas.

Edgar veía que estaba llegando a lo que buscaba. El accidente en que pereció la amiga de turno de Owans Leber se produjo cuando Edgar daba los primeros pasos en el periodismo.

Con el compañero gráfico estuvo en el lugar del accidente. Todavía estaba el cadáver en el magullado coche. Un brazo de la mujer quedaba fuera del vehículo, con cintas de sangre que resbalaban hasta perderse bajo siete ajorcas de oro.

Esos mismos aros los vio más tarde en el Departamento de Policía, cuando se los entregaban a Owans Leber, con otras joyas que llevaba la muerta.

—Bien, Clay. Esto es todo por ahora.

—¿Nada más querías saber eso?

—Quería comprobar mis recuerdos con uno que estuvo trabajando con Owans. Esta noche iré con un amigo al club de Kecton.

—A ver qué te parece Bessy actuando. Estos días está muy apagada. Ese maldito Kecton le prometió mucho, pero no cumple nada. La molesta a cada instante con reprimendas y yo creo que es por mí. Kecton se desvive por complacer a Owans y, si sabe que este desea que vuelva a trabajar para él, acorralará a Bessy, para que yo ceda.

Clay se levantó de un salto.

—¡Así que, no te extrañe, periodista, que un día tengas que escribir sobre la manera con que estos puños destrozaron la cabeza de un empresario de club!

Edgar colocó una mano sobre uno de los hombros de Clay.

—Ten calma. Te aseguro que todas las promesas que hizo a Bessy, las cumplirá.

—¡Ah, no! ¡Puedes estar seguro de que no lo hará! Ahora le sobran todos. Solo cuenta Owans Leber. Tan pronto se entera que

existe una chica que puede agradarle a Owans, la atrae a su club y la lleva en palmitas. Si Owans la ve, y bosteza, la aparta. Ahora, según me ha dicho Bessy, tiene a una pelirroja muy bonita... que parece que Owans...

Se interrumpió al ver que Edgar sonreía.

—Gery...

—¡Sí! ¿La conoces?

—Todavía no la he visto actuar. Pero sé en qué hotel se aloja, cómo camina, qué perfumes le gustan, qué clase de música le complace...

—¿Es bonita? Bessy asegura que sí.

—Es muy bonita. Tanto que me propongo entrar en una batalla un tanto desigual.

—¿Vas por ella?

—Por fastidiar a Owans.

—¡Ah! Eso es jugar a sabiendas de que se va a perder. ¡Batalla desigual! ¡Y tanto!

—La ventaja está de mi parte, Clay. Tu ex jefe tiene labia. Yo también.

—Él tiene dinero, tú no...

—¿No? —sacó una cartera—. Me dieron un anticipo para una novela que tenía que escribir en dos meses. He gastado algún dinero y algunos días. Quedará tiempo para la novela y sobrará dinero para ganarle la partida a Gery.

Se dirigió a la puerta. Ya estaba abriendo cuando Clay preguntó:

—¿Por qué haces eso? ¿Tanto te interesa la chica?

—Aún no sé si esa muchacha tiene algo más que un bonito cuerpo y una preciosa cara. Pero una cosa tengo por cierta: que todos los esfuerzos que uno haga por dar un berrinche a Owans Leber, son algo que merece la pena. Tú que has trabajado para él: ¿Qué darías por ver su cara de luna llena, con ojos diabólicamente vivos, contrayéndose por la ira? ¿Palideciendo de celos? ¿Cómo te sentaría verlo con cara de fracasado?

Y la reacción que Edgar estaba buscando, se produjo. Clay, como embriagado, exclamó:

—¡Daría hasta mi cabeza! ¡Todo por verlo achicado!

—Pues límitate a esperar. A nadie digas que hemos hablado de las antiguas amigas de Owans... Y si alguna vez necesito de tus puños, te lo haré saber.

—¿Mis puños? ¿Para qué te van a servir? ¡Es la tercera o cuarta vez que me derribas, como si fuera un saco de grano...!

Y rompió a reír. Cuando Edgar se marchó, Clay siguió riendo.

—¡Ese muchacho conseguirá que Owans se ponga amarillo y eche espuma por la boca!... ¡Ojalá pudiera verlo!

* * *

Frente a un hotel situado en el Compton Boulevard detuvo el coche. Muy cerca le aguardaba el agente Jenkins, con el equipo fotográfico metido en una bolsa de cuero que llevaba al hombro.

—Creo que tenemos mala suerte —dijo Jenkins.

—¿Por qué?

—Estaba yo en recepción cuando han llegado dos tipos preguntando por Gery Arkin. El conserje les ha preguntado qué querían. “Hablar con esa señorita”. La muchacha no ha querido recibirlos en su habitación y ha bajado al *hall*. Están discutiendo. Ella dice que tiene que actuar en el club, pero los fulanos aseguran que tienen el consentimiento de Kecton para que esta noche asista a la fiesta de cumpleaños que Owans Leber da en su villa de Beverly Hills.

Edgar no lo dejó seguir.

—¿Y eso es tener mala suerte? Vamos.

Ya en el vestíbulo, recalcó:

—Tú eres mi compañero gráfico. Quien lleva la iniciativa soy yo. Jenkins asintió, sonriendo.

En un rincón del *hall* estaba la muchacha pelirroja. Era de espléndida belleza. Grandes ojos verdes, tipo esbelto, de actitud arrogante.

Discutía con los dos subordinados de Owans Leber sin parecer intimidada.

—Yo aprecio la invitación del señor Leber, pero me debo a mi trabajo. Mi contrato con el señor Kecton me obliga solamente a actuar en su sala como cantante, a horas determinadas.

—Pero no sea tonta, señorita.

—¡Nunca lo he sido!

—No he querido decir eso. Lo que queremos que comprenda es que el complacer al señor Leber le ayudará en su carrera...

—¡No preciso de esa clase de ayudas! En primer lugar, el señor Leber debió venir personalmente a pedirme que asistiera a su fiesta. Entonces, yo lo hubiera discutido con el señor Kecton...

Uno de los individuos se estaba impacientando. Sin tener en cuenta que aquella muñeca de cabello rojizo era quien ocupaba la atención del jefe, prorrumpió:

—¡Tú debes de haber salido de una aldea de papanatas donde

todos te halagaban! Estás en Los Ángeles, monada. Y aquí hay muchas competidoras...

—¡Cállate, Hagg! —lo reprendió el compinche, más diplomático—. Señorita Arkin, quizá anoche, cuando el señor Leber estuvo en el club, no tuvo tiempo de invitarla. Alguna llamada le haría olvidarse de la fiesta. Es un hombre muy ocupado...

Gery Arkin, mirándolos con los ojos entornados, preguntó:

—¿Quieren dejar de molestarme? Me voy a mi trabajo —y dirigiéndose a un empleado del hotel—: Haga el favor de llamar un taxi.

—No es necesario —intervino Edgar, que junto a Jenkins había permanecido escuchando—. ¡Una, compañero!

Y surgió el golpe luminoso del *flash*, que Jenkins sostenía en alto, junto con la máquina fotográfica.

—¡Otra, compañero! —indicó Edgar, colocándose al lado de la muchacha en actitud de protegerla.

Otro fogonazo. Y otro.

Los dos secuaces de Owans Leber no conseguían reponerse de la sorpresa.

—Voy a presentarme, señorita Arkin. Quizá Bessy le haya hablado de mí. Soy Edgar Kemp, el periodista que mejor conoce las madrigueras nocturnas. Esta noche nos proponíamos ir al club de Kecton. ¿Sabe que yo le di prestigio? Hasta que yo no me ocupé de ese club, el “Rutilante” era una pobre lámpara de petróleo...

Uno de los subordinados de Owans Leber, el más diplomático, preguntó:

—¿Y qué hace usted aquí?

—¿Es que no me conoces, avisado?

—De nombre, sí. Tú eres un metomentodo.

—Yo te conozco de nombre, de cara, y de hacer servicios poco dignos, Hubbard. Servicios como el de ahora...

—¿Qué pasa con lo de ahora? —y el llamado Hubbard empezó a dejar de lado la diplomacia, como antes hizo su compinche Hagg.

Edgar le volvió la espalda, para seguir hablando con la joven.

—No sé si Bessy llegó a decirle... No, claro que no se lo diría. Así todo es más espontáneo.

Gery Arkin seguía un poco desconcertada.

—¿Qué es lo que tenía que decirme?

—Oh, no. En realidad no tenía que decírselo. Me propuse hacer un reportaje sobre las muchachas que actúan en un club nocturno. Y mi plan era seguir a la más bonita, desde que sale del hotel hasta que termina su trabajo en el club. Luego, seguirla de día, ya en la

vida corriente... ¡Y mire por dónde la suerte me trae en el momento preciso! Luego dirán que estaba preparado. Dos perros falderos de un maharajá como Owans Leber se acercan a una monada como eres tú e intentan obligarte a que los acompañes para que el gran señor se recree...

En tono jocosos, que apenas apagaba la crudeza de lo que decía, sonriendo, Edgar siguió soltando como si estuviese dictando a un magnetofón.

Los dos compinches se miraron, atónitos. El insulto a ellos; la burla al jefe...

Rugiendo, saltaron sobre Edgar.

—¡Toda una serie, compañero! —ordenó Edgar.

Y Jenkins, el “compañero gráfico”, empezó a darle a la máquina, mientras los dos subordinados de Owans Leber y Edgar se enzarzaban.

Pudo sacar buenas instantáneas. Tan pronto era Hagg quien rodaba por el suelo, después de retroceder varios pasos, tambaleándose, como su compañero hacía una exhibición de cómo un hombre podía convertirse en una pelota que rebotaba contra las paredes, contra los muebles, contra el pavimento...

Edgar se inclinaba a un lado y otro, esquivando las embestidas de sus adversarios. Parecía un junco.

—¿Cuántas van, compañero?

—¡Muchas! —contestó Jenkins.

—¡Pues se acabó!

Un golpe de karate a Hagg, otro a Hubbard, y los dos quedaron en el suelo. Los golpes estaban bien calculados para que no resultaran mortales.

Edgar se dirigió a Gery, que se hallaba rodeada de clientes del hotel:

—Ahora, el premio.

La cogió de la cintura y la atrajo. La sorpresa impidió que la muchacha lo rechazara. Cualquier cosa podía esperar en aquel momento menos que Edgar pensara en acariciarla.

Y cuando fue a darse cuenta, ya la estaba besando. Lo empujó, dándole con la mano en una mejilla, al tiempo que decía:

—Pero, ¿qué burla es esta?

Sus ojos echaban fuego. Edgar se volvió de lado para mirar a Jenkins.

—¿Lo cogiste?

—El beso, no. Solo la bofetada.

—¡Me fallaste, compañero! —exclamó Edgar, pareciendo

verdaderamente indignado.

Tan perfecta era su expresión de mal humor que muchos rompieron a reír. Gery sonrió.

—¡Publique eso!

—Habrá que repetir lo del “premio” —contestó Edgar, serio.

Y dio un paso hacia ella. Gery saltó hacia atrás.

—¡Como me toque...!

Edgar se echó a reír.

—Estaba hablando en broma, muchacha. ¿Tú crees que en serio hubiera besado tan a la ligera unos labios como los tuyos? Vamos. Te llevaremos al club...

—¿Yo ir con vosotros? —pasaba al tuteo, sin darse cuenta.

—¿Y por qué no has de confiar en nosotros? Tenemos que seguir el reportaje en el club. Cuando esos mastuerzos despierten, irán a decirle al amo que yo me he metido con él. Y Owans Leber vendrá al club... ¡Vas a ser el eje de un lío entre Owans y yo!... Bessy ya lo fue una vez. Ahora que, si tienes miedo, me buscaré otra chica...

Ya se encontraban en el vestíbulo. Gery miraba a Edgar y a Jenkins. Ambos no solo le inspiraban confianza, sino que le resultaban simpáticos.

—No tengo miedo a nada —contestó.

—Pues al coche —dijo Edgar, agarrándola de un brazo.

CAPÍTULO IV

El equipo fotográfico lo dejó Edgar bajo la mesa.

—Pero el portero lo ha visto —dijo el agente Jenkins.

—Y ya se lo habrá dicho a Kecton. No te preocupes.

Se habían sentado a una de las mesas mejor situadas. Desde allí podían ver el estrado donde estaba la orquestina, abarcar toda la sala y dominar la entrada.

Jenkins disimulaba con un gesto de broma lo que era sincera admiración hacia Edgar.

—Tu rapidez mental es extraordinaria. Ya tu director me lo dio a entender.

—Ah, ¿sí? ¿El exigente Cloke me elogió? Pediré aumento de sueldo.

—Junto a una alabanza, ponía una censura.

—Lo conozco.

—Decía: “Podría ser el mejor periodista. Y un gran novelista. Pero no tiene sentido de la proporción. Cuando se suelta, todo lo desorbita”.

—Ah. Eso es muy del señor Cloke, mi “íncrito” director. ¡Desorbitar las cosas! Y es que el pobre, cuando por la mañana se mira al espejo y ve sus ojos de rana, los tiene presentes todo el día...

Jenkins se echó a reír.

—¡De veras que me asombró el viraje que diste en el hotel para aprovechar la presencia de los dos tipos! Te las arreglaste de forma que parece que la cosa estaba preparada...

—El buen escultor adapta su obra al bloque de mármol. Más de una Venus debe la opulencia de sus caderas o el contorno del seno a un saliente del bloque. Ahí está Bessy...

Iba hacia ellos, esforzándose por permanecer tranquila.

—¡Vaya! ¡Voy a jugar me el puesto esta noche! ¡Invítame, Edgar! ¡Estoy a punto de estallar!

Se sentó y apretó los dientes, para no prorrumpir en carcajadas.

—¿Quién te hace cosquillas? —preguntó Edgar.

—Gery me acaba de referir... lo que ha ocurrido en el hotel...

—Ah, ya. Bien, te presento a mi amigo. Es un tipo templado, ¿verdad? Un rubiales que me hará la competencia...

Bessy lo saludó manteniendo los labios apretados. Se limitó a mover la cabeza.

De pronto estalló la risa. Y se puso una mano en la boca. En algunas mesas cercanas se volvieron a mirarla.

—Solo tomaré una copa con vosotros... ¡Ay, cuando Kecton se entere!

Acercó a los labios la copa de champaña que Edgar acababa de servirle.

—Owans vendrá, no te quepa la menor duda —auguró Bessy.

—Naturalmente. Y pagará este champaña. ¿Cuándo actúa esa chiquilla?

—Esta noche puede permitirse un descanso, porque Kecton parece que contaba con que fuera a la villa de Owans. Está en su camerino, tratando de poner en orden su cabeza. Cuando me lo refería, decía a cada momento: “Todavía no estoy convencida de que lo que estoy contando haya ocurrido en realidad. ¡Todo ha sido tan inesperado!”

En un extremo de la sala apareció Kecton, con el rostro desencajado, mirando a la mesa de Edgar.

Era de mediana talla, delgado, con una calva estrecha que le cogía desde la frente hasta la coronilla, muy brillante.

—Parece una autopista de noche, salpicada por multitud de faros —comentó Edgar, mirando sin disimulo a Kecton.

—Me retiro. Viene un chaparrón —dijo Bessy, apurando la copa.

—A ver si me avisas momentos antes de que Gery salga a actuar. Que se luzca esta noche. Que se ponga el vestido que más la desnude.

—¿En honor a vosotros?

—Y a Owans... Y a millones de lectores.

—¿Vais a sacar fotos? Kecton no lo permitirá.

—Ya veremos.

Bessy, al retirarse, se cruzó con Kecton, quien le dirigió una severa mirada.

—Hola, Edgar.

—Hola.

—Tenemos que hablar.

—Siéntate. Este amigo puede oír todo lo que digamos —y lo presentó como compañero gráfico.

—Eso es lo primero que quería decirte —Kecton se sentó en el sitio que ocupó Bessy—. El portero me ha dicho que lleváis los bártulos de fotografiar. Ya sabes que eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Los clientes quieren pasar inadvertidos.

—A mí los clientes no me interesan. No pensamos ocuparnos de

ellos.

—Pero si os ven con la máquina...

—¡Vamos, Kecton! Hubo una vez que me rogaste que trajera a toda una batería de cámaras. Querías la mayor publicidad...

—¡Aquello era distinto, Edgar!

—Claro que sí. Tú sabías que aquí se habían dado cita dos cabecillas rivales. Venían a tratar de reconciliarse, pero la intervención de una cámara de reportero...

Se interrumpió para dirigirse a Jenkins, quien escuchaba, muy serio.

—Entonces lo hice todo solo: fotos y texto.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Jenkins.

—Al primer golpe de *flash*, los dos cabecillas se miraron, acusándose mutuamente. Uno de los cabecillas, un tal Ken Rivkin, se escondía de la policía. Creyendo que era una trampa del otro, se lio a tiros. Este local tuvo que remozarse...

—¿Qué fue de los dos cabecillas?

—Están en presidio. Si algún día salen, puede que vengan a pedirle cuentas a Kecton...

—O a ti —replicó el empresario del “Rutilante”.

—No seas inocente, Kecton. ¿Es que vas a contarme una de miedo? La misión del periodista es encontrarse junto al potaje. ¿Cómo podía saber que dos gallos se citaban en un garito si “alguien” no me hubiera dado el aviso?

Kecton se puso muy nervioso.

—No te asustes —siguió Edgar—. Los dos tienen para rato en presidio. Es mejor que te ocupes de los riesgos más cercanos. Owans te ha telefoneado...

Kecton asintió con un movimiento de cabeza. Luego preguntó, sorprendido:

—¿Cómo lo sabes?

—No pierdas la cabeza, Kecton. Es lógico que apenas supiera cómo habían tratado a sus “embajadores”, recurriera a ti, para pedirte explicaciones por la rebeldía de la chiquilla. Y a esto voy, Kecton: procura que a esa muchacha no le suceda nada.

—¡Edgar! ¡A mí no me amenaces...!

—Nada más aviso, Kecton. Que no le suceda nada. Ya sé que estás en una situación en que crees que todo te sobra. Todo, siempre que no te falte el apoyo de Owans. Pero no olvides que Owans, lo mismo que da un puntapié a las amigas de turno, rompe alianzas con compinches...

—¡Eso no es cierto! ¡Owans es un fanático de la amistad!

Edgar rompió a reír.

—Lo conozco mejor que tú, Kecton. Para Owans solo cuenta la amistad. ¡La lealtad! Y el caso es que el muy cerdo se lo cree...

Kecton cerró los ojos, asustado. Hasta Jenkins miró a Edgar inquieto por la manera con que acababa de calificar a un sujeto tan vengativo y presuntuoso como era Owans Leber.

—Y no lo llamo cerdo por la grasa que lo envuelve. No. Es por algo que está más adentro.

Kecton, tras unos momentos en que no hizo más que retorcerse las manos, prorrumpió:

—Estás resentido conmigo porque ayer no pude atender al hombre que enviaste para que lo empleara...

—... En la cocina, no vaya a pensar mi amigo que te pedía el puesto de cajero. No va por eso. Ni siquiera por Bessy, a quién no tratas como ella se merece.

—¡Ella tiene la culpa! Se ha liado con un tipo que trabajaba para Owans y le mete en la cabeza que no vuelva a su antiguo patrón...

Edgar rompió a reír.

—¡Tal como imaginaba, Kecton! Y tú sirves de llave para aflojar o apretar tuercas. Pues va otra advertencia: no te metas con Bessy. Dale en el programa de actuaciones el lugar que le corresponde... Porque si Owans te hace falta, también me necesitas a mí.

Kecton se permitió sonreír, en burla. Edgar no sé molestó.

—Sí, me necesitas. Tal vez en la caja fuerte del periódico hay metido en sobre lacrado un “último reportaje” de este periodista, para el caso de que tenga algún “tropiezo”. He visto mucho, Kecton. Mucho. De ti y de otros... Yo también rindo culto a la lealtad. Si el diablo acepta jugar conmigo, ha de ser con cartas limpias. ¿De acuerdo?

Dejó que Kecton meditara lo que acababa de oír. Edgar lo tocó en un hombro.

—Ahora ve a recibir a Owans. Allá lo tienes.

Owans Leber, alto, grueso, de cara redonda, de piel extraordinariamente fina, casi de mujer; los ojos claros, siempre fulgiendo con maligna alegría, de gato frente a un rebelde ratón; barbilla recortada, manos pequeñas, también muy finas...

Vistiendo con gran ostentación, una flor en la solapa, permanecía en un extremo de la sala, mirando hacia la mesa de Edgar.

A corta distancia de Owans había dos individuos jóvenes, muy bien vestidos, de ademanes correctos.

Siempre acompañaban a Owans. Y como siempre, aquella noche

se sentarían en mesa aparte.

Kecton se levantó, más nervioso que al principio.

—Si Owans te invita a su mesa, no le hagas un desaire, Edgar, te lo ruego.

—Yo suelo contestar con el tono que me hablan, Kecton. Si cortésmente me invita... A propósito: si me invita, el gasto de esta mesa que pase a su cuenta.

—Por eso no debes preocuparte.

—No me preocupo.

Al alejarse Kecton, Jenkins comentó:

—¡También tú...!

Pero no terminó de decirlo.

—Tengo “jeta”, ¿verdad? Si estás entre cínicos, ten carota y no tirarán de tus narices. Fíjate en la cara de Owans. ¿Verdad que el cuerpo es de un bonachón? Ahora fíjate en los ojos... ¡Lo más monstruoso anida en ese cuerpo! ¡Y escapa a la cámara de gas! ¡Eso es lo que me rebela! —se quedó mirando a Jenkins, no como compañero de Prensa, sino como lo que en realidad era: agente—. ¡No puedo con los vericuetos del código y la bazofia de los departamentos de policía!

—Gracias.

—No hay de qué —y, malhumorado, cogió una copa y la apuró.

—En nuestra situación quisiera verte: todo son trabas. Tú, con coger la pluma y ponerte a señalar, buscando la simpatía de los lectores, tienes todo resuelto.

—En cierto modo. No soy policía precisamente por eso: por las trabas de abogados, jurados vendidos, reprimendas de superiores... Pero ya que mi situación de reportero te parece sencilla, adelante, compañero. Me vas a acompañar hasta el final.

—¿Qué final?

—Yo tengo que aplastar a ese puerco con cara de luna llena.

Owans Leber ya se había sentado, muy cerca del estrado donde estaba actuando una cantante mediocre, pero con buena figura.

—Me fallaste en el beso, compañero... Solo cogiste la bofetada.

Jenkins rompió a reír.

—¡Es que me cogiste!... ¡Diablo! ¿Quién iba a imaginar que te atrevieras?...

—¿A besar una boca tan deseable?... Si se hubiera tratado de una tortuga, bien que te sorprendiera. Tú procura no fallarme otra vez.

—Pero, ¿es que la vas a besar en público?

—No me refiero a Gery. Si me invita Owans, tú no debes tener

más preocupación que mantener la cámara a punto. ¡No me falles! Yo silbaré cuando tengas que actuar...

Lo dijo de prisa porque Kecton se acercaba. Los dos guardaespaldas de Owans se habían situado en una mesa algo alejada del estrado.

—Owans te ruega que vayas a su mesa...

—¿Y por qué no viene él a decírmelo?

—¡No compliques más la situación, Edgar!

El periodista miró a Owans. Este levantó una mano, llena de sortijas, la movió en saludo y abrió una sonrisa en sus labios delgados, extremadamente rojos.

—Bien, acepto. Ahora iré.

Al alejarse Kecton, el agente preguntó:

—¿El silbido será la señal?

—A lo mejor no puedo silbar —contestó Edgar—. A aquellos dos pollos no los pierdas de vista. Con toda seguridad irán armados.

—También vamos nosotros.

—Pero les chocará que dos periodistas lleven armas. Hay que mostrarlas solo en casos muy comprometidos. Es mejor tirar alguna botella, o volcar mesas. Que se arme barullo. ¿Entiendes? Y si no puedo avisarte con un silbido, lo harán los puños...

—Entendido, compañero —contestó el agente Jenkins.

Edgar pasó a la mesa de Owans. Este, sonriendo, llenó la copa del periodista.

—No sé qué tiene contra mí, Edgar...

—¿Quiere saberlo?

—Me gusta la verdad.

—Pues la tendrá. Ahora déjeme brindar por su cumpleaños.

Owans rompió a reír.

—No es mi cumpleaños. Eso lo inventaron los muchachos.

—Da lo mismo.

Edgar apuró la copa. Owans lo imitó. La mediocre cantante dejó de actuar.

—¿Vamos a lo que tengo contra usted?

—Se lo he pedido, Edgar.

—Pues creo que en el fondo de todo esto existe la misma aversión hacia un sultán. ¿Qué hace el hombre medio al tener noticias de que en ciertos lugares del globo existen fulanos con un harén? “¡Que esto se tolere hoy día!”, exclama, con cara de puritano. Pero en el fondo hay algo de envidia. A mí, por lo menos, me ocurre eso...

—Pues usted no puede quejarse. No son amiguitas lo que le

faltan.

—Obedece a la ley de atracción. Yo voy a ellas y ellas a mí. Pero es juego limpio... Usted no está en ese caso, Owans. Y me crispa que hombres como usted digan: “Esta quiero. Aquella la mando al diablo...”

—¿Eso es envidia?

—No. En su caso, no. Hay muchos sultanes sin turbante. Tipos como usted, con fabulosas cuentas corrientes, patas cortas y, vientre de vaca.

—¿Es eso lo que le molesta, que no tengan una apariencia atractiva?

—En absoluto. Lo que me crispa es que simplemente sean unos cochinos, siempre a ras de tierra. ¿Y sabe qué otra cosa me saca de quicio? El melodrama de la muchacha bonita que quiere abrirse paso en el camino del arte, o en el de cualquier otra profesión, y el tiburón le sale al paso...

Owans se puso a reír. Su abultado vientre se separó de la mesa, para no imprimir al mueble el vivo temblor.

—¡Esto va por lo de esa chica pelirroja!... ¡Pero, Edgar! ¡Yo solo pretendía que unos amigos la oyeran cantar...!

—Hay muchas Gery con tiburones al acecho. No hace mucho... Quizá usted lo leyera en los periódicos. Yo estuve presenciándolo, junto con el inspector Derwin...

Owans dejó de reír.

—¿Le he nombrado la “bicha”? —preguntó Edgar—. Pues el inspector Derwin es un hombre muy cordial. Y bien: aquella noche presenciamos el final de una mujer que en otro tiempo fue la reina de los clubs. Se llamaba Clana.

Se quedó mirando a Owans. Este permanecía impassible.

—¿El nombre nada le dice? —preguntó Edgar—. Pues tengo entendido que fue pienso de su pesebre...

Pareció que Owans fuera a enfadarse. Pero sus labios blandos sonrieron. A los ojos asomó la maligna alegría.

—¡Tantas ha conocido uno...!

—No creo que usted haya “conocido” a muchas. Las ha visto sin envoltura, les habrá dado joyas, las habrá oído reír o maldecir... Pero nada más. Usted no es de los que profundizan. Se limita a ver formas, más o menos atractivas. ¿Sabe cuándo empecé a tomarle manía?

—Diga. Estoy dispuesto a oír todas sus impertinencias.

—Son verdades, Owans. Empezó a atravesármese al principio de mi profesión como periodista. Fue cuando una de sus amigas, al

regreso de una fiesta, se estrelló con el coche en Sunset Boulevard... Esto hace años. No se me olvida el nombre. Usted ya tal vez no lo recuerde...

La tersa frente de Owans se cubrió de arrugas. Sus labios se recogieron. Se los mordió. Enseguida levantó la mano izquierda, llena de sortijas, y se acarició la recortada barba rubia.

—Pues de momento... Espere... Sí, una chica murió en un accidente de coche...

—Usted fue a la comisaría a recoger sus joyas.

—¡Ya! ¡Biny se llamaba! ¿Ve cómo no soy tan olvidadizo?

—Creo que no era para olvidarla. Bebía mucho y le creó algunos problemas.

—¡Oh, Edgar! La que no bebe hace cosas peores...

—Como aficionarse a las drogas. La que el otro día murió asesinada por sus compinches, asfixiada por el gas, creo que era toxicómana...

Se encontró con los ojos de Bessy que, situada junto al estrado, le hacía una seña.

—Ahora callemos por unos momentos. Vamos a ver a la pelirroja.

Gery parecía haber hecho caso de la petición de Edgar. Apareció con el vestido que más realzaba las maravillas de su cuerpo.

Durante el tiempo que estuvo actuando, todos permanecieron embelesados. Su voz era muy agradable, de un timbre tan particular que apenas oírla murmuró Edgar:

—¡Destacará pronto entre los millares de ranas que no hacen más que me, me, todas igual...!

Lo dijo mirándola, de pies a cabeza. Las partes del cuerpo que no se veían, se adivinaban.

Edgar observaba a Owans, a hurtadillas. Los ojos claros del magnate tenían otra vez la alegría del gato ante un rebelde ratón.

Al terminar Gery, sonó una ovación. Salió tres veces a saludar.

—¿Ya no sale más? —preguntó Edgar a uno de los camareros.

—Saldrá otra vez, dentro de unos minutos.

—Menos mal... Y bien, Owans: ¿Seguimos?

—Creo que ahora me toca hablar a mí.

—Todavía, no. Tendrá su oportunidad.

—He sido demasiado tolerante, Edgar. ¿No se da cuenta?

—Le repito que todavía no he terminado... Todavía no le he explicado por qué se me atravesó.

—Lo ha dicho: porque vio a una borracha que se estrelló con el coche...

—Porque vi su hermoso brazo fuera de la chatarra. Un brazo blanco, bien torneado, con hilos de sangre que buscaban unas ajorcas de oro. Un semanario formado por siete serpientes con ojos de esmeralda. Empecé a detestarlo cuando vi la indiferencia con que usted se hacía cargo de las joyas, en la comisaría.

—Todo lo que llevaba Biny era mío, mi avisado Edgar.

—¿Para la amiga de turno?

—Si yo creo que son dignas de lucir mis joyas, ¿por qué no? Usted no debe ignorar que soy un apasionado de las joyas, las buenas pinturas, los tapices... Le invito a que vea mi villa predilecta. Allí guardo verdaderas obras de arte...

Edgar permanecía mirando el centro de la mesa.

—De lo que le entregaron en la comisaría, ¿nada echó de menos? Me refiero a las joyas.

—Nada que mereciera la pena faltó. ¿Por qué?

—Entonces es mío.

—¿Qué?

—Días después del accidente estuve en el sitio donde ocurrió. Yo entonces aún era un poco romántico. Empezaba en mi profesión... Cuando sacamos fotos del coche, y de la muerta, yo evité verle el rostro. Los que conocieron a Biny me dijeron que era muy hermosa. Yo no quise verla desfigurada. Me contenté con contemplar el hermoso brazo... Al volver, días más tarde... encontré algo, apagado por el polvo.

Y sobre la mesa apareció la ajorca de oro, con las diminutas esmeraldas en la cabeza de serpiente.

Owans Leber hizo un gesto de sorpresa. Luego se echó a reír.

—¡Una burda imitación!

—¿De veras?

—¡Ese semanario es único! ¡Muchos lo han envidiado...!

—¿Dónde lo consiguió?

—¡Quién recuerda ahora! Sé que pagué un buen precio... ¡Vaya! No se puede negar que como imitación está bien lograda. ¿Me deja que la vea?

Edgar pasó un dedo por el aro.

—Sin soltarla yo, puede mirar la joya.

Primero con escepticismo, luego, con asombro, Owans fue haciendo girar la ajorca, observando sus finísimos grabados. Sacó una lupa plegable.

Cada vez estaba más inclinado sobre la joya.

Desde otro lugar de la sala, sus dos guardaespaldas permanecían atentos.

Edgar emitió un pequeño silbido. Y surgió un guiño del *flash*. A continuación, otro.

Owans levantó la cara, con expresión colérica. Sus dos guardaespaldas se precipitaron sobre Jenkins.

Pero Edgar, guardándose el aro, saltó y les salió al paso.

—Mi compañero está trabajando —advirtió.

La respuesta de los dos individuos fue mover los puños. Pero también los movió Edgar.

Y el *flash* siguió con sus golpes de luz, cogiendo a Edgar peleando con los dos guardaespaldas, teniendo como fondo a Owans, quien ya se había puesto en pie.

Algunos clientes también se habían levantado.

Bessy estaba junto a la orquestina.

—¡Hale, muchachos!

Empezaron a tocar. Gery apareció en el estrado.

—¡A ella, compañero! —indicó Edgar, al tiempo que con un golpe de karate derribaba a un adversario.

Al caer el individuo, la pistola salió de la sobaquera. Edgar se acuclilló como para esquivar al otro adversario.

Pero lo que hizo en realidad fue empuñar el arma y dirigirla a la cara del individuo.

—Te dejaré frito como interrumpas la actuación de esa monada.

El individuo estuvo unos momentos vacilando.

—¡Basta! —intervino Owans—. ¡Llévatelo!

El guardaespaldas cogió de los brazos al compinche y a rastras lo llevó al extremo de la sala.

Edgar, después de mirar el arma, se la guardó. Owans iba a hablar, pero el periodista le pidió silencio con el ademán.

Y sentado a la mesa de Owans, los codos sobre el tablero y las manos sirviendo de apoyo al mentón, se quedó mirando a la artista.

Los ojos de Gery tenían un brillo que cegaba. Owans, desconcertado, también se había dejado caer en la silla, para mirar a la cantante.

—¿Cuántas cabecitas de serpiente podrían tener chispas verdes si pudiéramos recoger todas las que tiran ahora esos ojos?

Y no ocultó que cada vez lo fascinaba más la muchacha pelirroja. Como si nada hubiese sucedido, permanecía absorto, las manos bajo la barbilla.

—¿Usted qué cree: es odio o simpatía? ¡De qué modo nos mira! —siguió hablando Edgar.

Gery se retiró. Y esta vez no salió a corresponder a los aplausos.

—Detesto los melodramas, Owans. Y no consentiré que

maravillas como la que acababa de retirarse, sean pasto de bueyes mansos. ¿Advertido?

—¿Qué piensa hacer con las fotos? ¿Desprestigiarme? Puedo demandarlo a usted y al periódico...

—¿De veras? ¡No me asuste!

—Podré demostrar que todo ha sido preparado por usted.

—¿También la pistola que he recogido del suelo la he hecho yo? ¿Y lo del hotel? Oyeron muchos que esa chica no quería ir a su fiesta...

Cuantos había en la sala los miraban. El agente Jenkins permanecía sentado, con la máquina sobre una silla.

—No acabo de entender qué se propone usted con esta farsa de la cámara y los golpes de *flash*.

—¿Le hubiera gustado más que utilizara una cámara secreta? Quizá la estoy usando ahora —y Edgar procedió a encender un cigarrillo, utilizando el mechero—. Hasta es posible que haya alguna máquina registradora aquí en la mesa.

Owans no le hizo caso.

—Ese aro me interesa, por lo bien imitado. ¿Cuánto pide?

—No tiene precio. Para mí es un amuleto. Desde que lo cogí, empecé a tener suerte. Además, rechazo lo de que sea una imitación. Los grabados tienen su caligrafía inconfundible. ¿Hacemos una apuesta para que lo examine un experto? Si este aro no es idéntico a por lo menos *seis* de los que tiene usted, pierdo.

Owans entornó los ojos, para mirar a Edgar con mayor fijeza.

—¿Por qué ha dicho *seis*? El semanario tiene siete.

—Pero el suyo solo tiene seis auténticos. Quiero decir, grabados por la misma mano. El que yo tengo es el que hace siete.

Owans, tras un silencio, manifestó:

—Tendré que asombrarme de sus medios de información, Edgar. Ahora recuerdo que hace años, cuando me vendieron esa joya, faltaba un aro. Mandé hacerlo. Por tres veces lo rechacé, porque no era perfecto.

—Ya se habrá dado cuenta de que el mío lo es.

—Usted no lo encontró en el lugar que ha dicho. Aquello está muy transitado... Y Rina no era capaz de guardar un secreto. Cuando ingería unas copas, decía todo, no importara quién estuviera oyéndola. ¿De dónde sacó ese aro?

Edgar, sonriendo, manifestó:

—Vamos a admitir que no la encontré donde he dicho.

—De eso estoy seguro.

—Ha podido grabármelo el mismo que hizo los otros seis.

—Ese orfebre murió hace años.

—¿Dónde?

—En Méjico. Hice indagaciones. Era un artista... pero podrido por las drogas.

—Cuando usted lo dice, será verdad. Usted ha tenido contacto con expendedores de droga.

Owans iba a ponerse serio. Pero prefirió sonreír.

—Eso ya está demasiado debatido en los tribunales, Edgar. Nunca se ha demostrado nada que me comprometiera. La mentalidad de la policía y de gente como usted es de ideas fijas. Si un hombre progresa, es porque ha obrado al margen de la Ley... Me voy, Edgar. No quiero dar motivo para que su compañero saque otras fotos. Me está usted provocando...

—Ahora no, Owans. Le doy mi palabra. Lo que hago es plantearle un problema, para que se entretenga. Haga memoria en su villa sobre quién le vendió el semanario incompleto. Y a ver qué explicación le da...

—Recuerdo muy bien lo que me dijo quién me vendió esa joya: el orfebre murió antes de terminar el séptimo aro.

Owans ya se había levantado. Edgar sacó la ajorca y se quedó mirándola, pero procurando que las diminutas esmeraldas emitieran destellos que tentaran los ojos del magnate.

—Entonces el orfebre, no pudiendo descansar ante la obra inacabada, hizo este aro en la tumba. ¿Le gusta más así?

Desde un rincón de la sala Kecton los miraba.

—No estoy para tonterías. No discutiré el precio si decide venderlo. Ya me avisará.

—De acuerdo, Owans.

Edgar pasó a la mesa de Jenkins.

—¿Nos vamos? —preguntó el agente.

—Sí. Pero antes recogeremos a Gery y a Bessy. Las dos deben de estar algo nerviosas.

CAPÍTULO V

—Acompaña a Gery. Yo me quedaré hasta que cierren —y le hizo un rápido gesto a Edgar, dándole a entender que algo ocurría.

—Como quieras, Bessy. Mi compañero tiene que revelar las fotos. Poco más o menos terminará a la hora de cerrar el club. El vendrá por ti. ¿Te parece mal el acompañante?

Bessy miró al agente rubio. Sospechaba que era un policía. Mirándolo, comentó:

—Si un bruto que yo me sé me ve contigo...

Se refería a su marido Clay.

—Quien más pueda que se lleve la gallina —contestó Edgar—. Tú no te amilanes, Jenkins: al primer moscón trompazo y adelante.

Gery ya estaba en vestido de calle. Parecía ensimismada. Se dejó llevar al coche de Edgar.

Momentos después se detenían ante un bar.

—Lleva las fotos al laboratorio y luego ve por Bessy. Os esperemos aquí —dijo Edgar.

Interesaba conocer qué fotos habían sido bien cogidas y dejarlas en lugar seguro.

Ya los dos en el bar, sentados a una mesa en penumbra, dijo Edgar:

—No hay que estar preocupada. Pero tampoco confiarse demasiado. Hay peligro.

—Me he dado cuenta —contestó Gery.

—Sé por Bessy que has arriesgado la cabeza incluso por gente que no conocías. He comprendido qué persigues respecto a Owans. Que yo esté de por medio es mera casualidad.

—Pues no. Antes de presentarme a ti, te he observado de lejos. Soy un poco romántico, ¿sabes? Y emprender una tarea sin una chica que anime las horas de espera...

Se calló porque el camarero se acercaba. Callados siguieron hasta después que les trajeron dos *martinis*.

—Venga el disparo —instó Edgar.

—¿Cuál? —preguntó Gery.

—He dicho que para ciertas tareas siempre necesito a mí alrededor una chica...

—Y me parece bien. Yo nada perderé con que me hayas escogido a mí —contestó, con la mayor tranquilidad—. Publicidad gratis.

—No tan barata. Puede haber trastazos... incluso algún disparo, si las cosas se ponen negras.

—¿Y qué? La publicidad que me ofrecía Owans y otros que he conocido, poco más o menos como él, era más arriesgada. Y más sucia.

Al decir esto dio el efecto de que sentía deseos de escupir. Su tono tranquilo se había convertido de repente en algo sordo, convulso.

—¿Te han molestado mucho desde que empezaste?

—Algo. Pero siempre se han apartado.

—Eso es tener temple.

—¿Esto? Si tú te hubieras criado en el lugar de donde yo procedo... Tierras secas. Familias que durante generaciones no se deciden a despegar de un suelo que mata lentamente. ¡Aquello es temple! O, si quieres, estupidez... Pero se tiene mucha fuerza de voluntad cuando se han visto tantas vidas aguantando adversidades a pie firme... ¿Por qué sonríes?

—Porque yo procedo de un ambiente muy parecido. De ahí mi inquina contra tipos como Owans. Ese se ha pasado la vida cometiendo delitos. Traficando con drogas, divisas, y hasta se sospecha que tuvo una cadena de burdeles. Pero siempre ha tenido un testaferro que ha dado la cara, a la hora de pagar —cerrando una mano dio contra la mesa—. ¡Pero creo que ese tripón va a meterse al fin en la trampa que le he preparado! Simplemente este aro puede convertirse en la argolla que lo amarre.

Al ver el aro, Gery lo cogió, muy intrigada.

—¡Anoche me enseñó Owans siete serpientes idénticas a esta!

Edgar sonrió, al decir:

—Lo extraño sería que no lo hubiera hecho. Ese semanario, parece que es la primera maniobra con que Owans inicia el cerco. ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Te lo ofreció?

—Apenas permitió que lo viera. Se lo guardó enseguida diciendo: “En mi villa tengo joyas más interesantes”.

Edgar apretó las mandíbulas. La muchacha se dio cuenta del acceso de ira del reportero y preguntó:

—¿Qué persigues con todo esto? ¿Solo destruir a Owans?

—Y demostrar que las personas que quieren avanzar limpiamente, pueden hacerlo, siempre que no les falte entereza y voluntad. ¡Estoy harto de chicas enfangadas por las zancadillas de los aprovechados! Y creo que no siempre tienen ellos la culpa —se volvió a mirarla—. Tienes una bonita voz y una cara preciosa. ¡Si tú me fallaras habría para que te deshiciera la cabeza!

Gery rompió a reír.

—¡Y acabas de conocerme!... Ni que fueras mi padre, o mi hermano.

Cuando más tarde aparecieron Jenkins y Bessy, el agente llevaba un sobre grande.

—¿Qué tal las fotos? —preguntó Edgar.

—Traigo copia de algunas.

Y la primera que mostró fue una en la que aparecía Gery, actuando en el estrado, mientras en la sala se veía a Owans sentado, mirando con diabólica alegría cómo sus dos guardaespaldas se lanzaban sobre Edgar.

A continuación mostró otra, en la que se veía a Edgar aplicando un golpe de karate. Ahora Owans ya no parecía contento. En el estrado seguía Gery.

—¡Esto es formidable! —exclamó Edgar—. ¡Eres un gran fotógrafo, Jenkins!

—Gracias, compañero. Ahí va esta otra.

—¡Anda! —exclamó Bessy, apenas verla.

Gery se puso encarnada. En la foto aparecían ella y Edgar, en el momento en que la muchacha le propinaba una bofetada.

—Es que tú no sabes lo que ocurrió antes, Bessy —trató Gery de justificarse.

—Me lo imagino. ¿O es que crees que conozco a Edgar de ayer mismo? —y dirigiéndose al periodista—: Conque intentaste besarla.

—Hice un amago. Convenía esa foto —contestó Edgar.

Los dos hombres se separaron de la mesa.

—El inspector Derwin está que muerde clavos. No entiende nada de lo que hacemos.

—Que tenga paciencia.

Cuando regresaron a la mesa vieron a las dos mujeres con gesto de preocupación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Edgar.

—Hice bien en quedarme —contestó Bessy—. El lugarteniente de Owans... Tú creo que lo conoces.

—Y él a mí —contestó Edgar—. Geffen, el que presenta al amo el repertorio de odaliscas.

—Pues al poco de iros vosotros, ha aparecido en el club y se ha encerrado con Kecton en el despacho. Geffen, al que muy pocas veces he visto destemplado, esta noche vociferaba como si estuviera loco. Desde el pasillo le oí...

—¿Qué decía?

—Que Owans no le perdonaría las humillaciones que había

sufrido en su club. Que despidiera a Gery...

—Eso no tiene importancia —dijo Edgar, sin inmutarse—. ¿Hubo más?

—Sí. Geffen le gritaba a Kecton: “¡Engañaste al jefe cuando le vendiste los malditos aros! ¡Conque faltaba uno porque el artista murió...!” Kecton, acobardado, contestó algo que no pude oír... Cuando comprendí que iban a salir del despacho, me metí en el camerino. Después que se fue Geffen, Kecton hizo una llamada telefónica. Al poco aparecieron dos individuos. Llevaban varios mapas de carreteras. Capté el nombre de Palm Springs. Parece que era el punto de partida hacia lugares poco transitados. Kecton les hablaba de una granja... Incluso se puso a dibujarla...

El agente Jenkins observaba a Edgar, por si su rostro reflejaba alguna emoción. Pero el periodista permanecía impassible, como si todo lo que estaba oyendo lo conociera ya.

—Tengo una ventaja sobre Kecton —dijo Edgar, cuando Bessy concluyó—: Que conozco muy bien el camino. ¿A que no sois valientes de tomaros unas vacaciones? Me refiero a las dos. En realidad, Gery no debe volver al “Rutilante”. Y creo que tú tampoco. ¿Nos acompañáis?

—¿Adónde?

—A unas granjas muy confortables. Clay podía también venir.

—¿Y el trabajo?

—Su patrón es amigo mío. Le enviaré una nota... Los puños de tu marido quizá nos hagan falta.

Gery miró perpleja a Bessy.

—¿Estás casada?

—¡Y de qué manera! Ya te presentaré al oso.

—En una misma granja estaríais las dos y Clay. También mi compañero Jenkins...

—Ah, ¿sí? —replicó el agente—. ¿Y tú?

—En otra granja algo distante de la vuestra. Pero en todo momento estaríamos en contacto por radio. Tenemos que proveernos de emisoras portátiles. De eso podrías encargarte tú, compañero. ¿Lo harás?

Bessy intervino, con sorna:

—¿No es fotógrafo?

—¿Este? Sabe de todo. El otro día me puso unas medias suelas.

Salieron del bar. Ya en el coche, Edgar preguntó a Gery:

—¿Decidida?

—Todo sea por la publicidad —contestó, humorística.

—Al hotel no debes ir. Aparte de que vamos a salir esta misma

noche, es muy posible que haya vigilancia en tu hotel. En cualquier pueblo de la ruta podrás comprar alguna ropa.

Mientras Jenkins iba a procurarse las emisoras y un coche cerrado, las dos mujeres y Edgar entraron en el compartimiento donde Clay soltaba ronquidos que se oían desde el corredor.

—Ahí está mi monada —dijo Bessy.

Lo despertó Edgar.

—Nos vamos, gorila.

—¿Eh? ¿Qué ocurre?

—Que nos vamos de vacaciones.

Clay, sentado en la cama, se restregó los ojos.

—¿Adónde?

—Pues casi al desierto.

* * *

En Heigeon City se detuvieron, para descansar y al mismo tiempo para que Gery se procurara algún equipo. La acompañó Bessy.

Parecía que los tres hombres iban a quedarse en el hotel. Pero Edgar dijo:

—¿Por qué no vais con ellas?

Clay y Jenkins accedieron. Edgar, al quedar solo, se dirigió al bar. Sentada a la barra había una muchacha cuyas piernas eran muy bonitas.

—Hola. ¿Otra vez sola?

La joven hizo un gesto de alegría.

—¡Tú otra vez aquí!

—Cosas del trabajo.

—El que estaba el otro día contigo era policía, ¿verdad?

Era la bonita muchacha que escamó al inspector Derwin, cuando supo que Edgar cenó con ella, para romper su “soledad”.

—¿Qué te hace pensar que era policía?

—Angelo lo dijo.

Era su amigo, el que estuvo en el bar mientras Edgar hablaba con el inspector sobre los restos del avión.

—Tu amigo Angelo tiene olfato. ¿Dónde está ahora?

—Vendrá a la noche. Tiene negocios por ahí.

—¿En dónde?

—Ah, no sé. A mí eso no me importa. Ni él me da explicaciones. Me trajo aquí, y cuando diga: “¡Vámonos!” , prepararé las maletas.

Mientras acercaba el vaso a los labios, miró pícaramente a

Edgar.

—Estoy aburrida, Edgar. ¿Qué recuerdo guardas de mí... de la otra noche?

—Tú sabes demasiado que eres de las que dejan huella, Carol.

Después de apurar el vaso, murmuró ella:

—Angelo no vendrá hasta la noche. ¿Tú has de estar en el pueblo?

—Mi trabajo me lo impide. Y lo siento, nena.

—No lo creo. Te he visto llegar... con una pelirroja...

Era verdad. En el coche que conducía Edgar iba Gery.

—Es parte del trabajo, Carol. Te dije que soy periodista. Me han encargado que haga publicidad a esa artista...

—¿Es artista? —preguntó, con infantil interés—. ¿Qué hace?

—Canta.

—Yo hubiera sido artista. Pero salió Angelo, y mira: a aburrirme. ¿Cómo haces la publicidad?

—Pues procuro que se arme un jaleo, hago que suene el nombre de ella y ¡hale! Todos los periódicos se encargan de manosear el lío...

—¡Qué tío! —rompió a reír—. ¿Y yo podría ayudarte?

Levantó la cara, acercándola a él. Edgar le acarició la barbilla.

—Tú podías pegar fuego a todo un pueblo con esa forma de mirar.

Alguien bramó:

—¡Y yo puedo romper la testuz de un toro!

—¡Angelo! —exclamó Carol.

Este ya había cogido a Edgar de los hombros, tirando con fuerza, obligándolo a caer del taburete.

Que el periodista cayera no se pudo evitar. Y Angelo, al tenerlo en el suelo, levantó un pie, amenazándole la cara.

—¡Estoy de ti hasta la coronilla! Apenas te he visto llegar al pueblo me he dicho: “Otra vez va a arrimarse a Carol”.

En la puerta del bar el *flash* estaba funcionando, manejado por Jenkins. Bessy y Gery estaban con el agente.

Y detrás, Clay.

—¡Yo debo ayudarle! —rezongó.

Su mujer le dio con el codo en el estómago.

—Tú estarás quieto, como nosotras.

Edgar no sabía quiénes estaban en la puerta. Para sus adentros estaba celebrando su pifia. “¡Vaya! He caído en el cepo...”

El pie de Angelo amenazaba su cara. El individuo era fornido, y parecía verdaderamente encolerizado.

Carol, al principio, se mostró alarmada. Pero al ver a Gery en la puerta adoptó una actitud de superioridad. “Para que veas que por mí se pegan dos machotes”.

—¿Seguirás molestando a mi chica? —preguntó Angelo.

—Te lo diré si dejas que me levante.

—¡Dilo ahora o te desharé la cara!

Edgar movió las manos. Le agarró el pie. Y se oyó un alarido.

Al mismo tiempo, como si el cuerpo de Angelo fuera la pala de una hélice, giró. Y de costado dio un trompazo contra el suelo.

Edgar era ahora el que estaba en pie. Lo agarró del pecho y le obligó a levantarse.

—Cernícalo, iba a decirte que no me gusta molestar a nadie... Y hubiéramos bebido algo, en son de paz.

Angelo salió despedido contra el extremo del bar, derribando una mesa. Al caer, su mano derecha buscó la sobaquera.

Edgar dio un formidable salto y llegó a tiempo de sujetarle la mano, que ya empuñaba una pistola.

—Esto ya tiene otro aire —murmuró Jenkins, sin saber si debía seguir sacando fotos.

La pistola cayó al suelo.

—Compañero —llamó Edgar.

Jenkins se acercó.

—¿Qué?

—Mírale la cara: ¿Crees que puede tener licencia para llevar armas?

—Con avisar a la policía...

Angelo se levantó de un salto, como enloquecido. Durante unos momentos estuvo disparando puñetazos contra Edgar.

Jenkins retrocedió para dejar la máquina a salvo. Luego acudió para ayudar a Edgar. Pero ya no hacía falta.

Angelo, después de recibir unos convincentes puñetazos, se sentó, levantando una mano:

—Basta. Soy viajante y estoy autorizado para llevar armas.

—¿Quieres enseñárnosla? —preguntó Jenkins.

—¿Es que no basta mi palabra?

—Parece que no —contestó Edgar—. Mi amigo es muy desconfiado.

Después de unos momentos de vacilación, manifestó:

—La he perdido.

—Vamos a la comisaría. ¿Te parece? —siguió el agente Jenkins.

Edgar quería interceder para que todo quedara bien pero el agente lo estaba tomando cada vez más en serio.

Le puso una mano en un hombro, lo llevó aparte y le susurró:

—Anoche dejamos suelto a un esbirro de Owans. ¿Por qué no tenemos que hacer lo mismo con este pobre diablo?

—¿Estás seguro de que es un pobre diablo? —replicó Jenkins—. Ese estaba aquí esperándote.

—Es posible. Pero no por lo que tú imaginas.

Pero Edgar era el primero en no creer lo que él mismo decía.

Angelo, creyéndolos distraídos, emprendió la huida. Pero en la puerta del bar aguardaba Clay. Y sus manazas surtieron efecto.

Al momento Angelo estaba otra vez en el suelo. Carol dio un chillido. Y Bessy se le acercó, en plan de afinidad.

—No te encorajines, jovencita. Estoy harta de ver a mi marido por el suelo. Esta vez le ha tocado al tuyo.

—¡Ese patoso no es mi marido!

Entre los tres hombres levantaron a Angelo y lo llevaron a un rincón del bar.

—Estamos dispuestos a dejarte en paz si nos dices qué hacías aquí —dijo Edgar.

—Me mandaron que te esperara... a ti o al inspector Derwin. Os vi el otro día.

—¿Para quién trabajas?

—Ahora soy viajante. ¡Es verdad!... Pero hace tiempo estuve unos meses con Owans Leber.

—¿Y te fuiste?

—No. Me despidió. Decía que era torpe. Yo sabía que el inspector Derwin va tras de Owans y al veros aquí, le hablé por teléfono. Me prometió una recompensa si le daba cuenta de vuestros pasos. Yo ahora tengo trabajo por los pueblos de esta zona. La verdad es que con mi llamada yo buscaba relación con Owans, por si quería readmitirme... Y hace un rato, estando en un bar hablando con un cliente, te he visto con una pelirroja...

Momentos después Edgar y Angelo bebían juntos.

—Sin tanto jaleo esto lo hubiéramos hecho, de haberme dado ocasión para explicarte que no debes dejar que Carol se aburra.

—¿Tú crees que se aburre? Pues la facturaré a Los Ángeles. Ella trabajaba en un bar. Cuando le propuse que me acompañara, le pareció divertido. ¡Pero resulta que se aburre...!

Edgar le dio una palmada en la espalda.

—Ya que dices que no dependes de Owans no procures reingresar en su plantilla. Las acciones Owans Leber van para abajo.

—¿Tú crees?

Desconcertaba la ingenuidad con que aquel hombre encajaba las noticias.

—Sé de finanzas.

Ya en el momento de despedirse, preguntó Angelo:

—Entonces, ¿no le telefono?

—Eso es cosa tuya.

—Me haré el sueco... ¡Pero facturaré a Carol!

Carol ya estaba en la habitación, preparando las maletas. En el vestíbulo del hotel aguardaban Jenkins y Clay.

Bessy y Gery se hallaban en el coche cerrado.

Cuando Edgar y Angelo aparecieron, conversando amigablemente, Jenkins movió la cabeza como diciendo: “No hay remedio”.

—Almorzaremos en otro pueblo —explicó el agente, después, ya solos.

—¿Por qué?

—Por mayoría de votos.

Cuando iban a salir, Edgar se encontró solo ante el volante, en el coche descapotable.

Gery parecía sostener con Bessy una conversación muy animada.

—¿Qué demonios le he hecho? —se preguntó Edgar, en el momento de arrancar.

El otro coche lo conducía Jenkins. A su lado iba Clay. Detrás, las dos mujeres.

—¡Qué hipócrita! —rechinó Gery, en el momento de partir, mirando el coche descapotable.

—¿Edgar? ¡El qué va a ser hipócrita! —y Bessy rompió a reír—. Precisamente porque es demasiada sincero más de una vez mete la pata.

—Pero, ¿no has visto lo que hacía con esa tonta?

—Pequeña: es que la lagarta movía la cola...

CAPÍTULO VI

El granjero Hoyt regresó a la casa, con las herramientas de trabajo. Las dejó en un pequeño almacén, sacó un cigarrillo y lo encendió.

Permanecía ante la puerta que daba a la vivienda.

—¿Está ahí, Edgar?

—Sí, Hoyt. ¿Alguna novedad?

—Dos tipos han estado observando de lejos cómo trabajaba. Ahora se acercan.

—Ya los veo —contestó Edgar, que estaba observando con unos prismáticos.

La emisora la tenía en otra habitación. La señora Hoyt y su hija Lille se encontraba en casa de unos familiares, que vivían en Carson City, y no regresarían hasta una semana más tarde.

Esto lo consideró Edgar un golpe de suerte, que el granjero se encontrara solo. Las mujeres podían cometer algún error, al mostrarse demasiado nerviosas, si aparecía algún forastero.

—Entre —pidió Edgar.

Los dos individuos todavía se encontraban lejos.

—Puede que sean agentes —dijo una vez más Edgar—. Todo este distrito debe estar minado de policías. Conozco al inspector Derwin. Pero puede, también, que sean ratas...

Le indignaba el espionaje que Derwin con toda seguridad le dedicaba.

El granjero y Edgar desaparecieron en la otra habitación, cuando los dos hombres se encontraban cerca.

La emisora funcionaba.

—No sé si son monigotes del “compadre”, compañero —dijo Edgar.

Jenkins ya sabía que se refería a Derwin y a todos los departamentos de policía, desde el Atlántico al Pacífico. Y contestó:

—No te confíes. A mí el “compadre” me aseguró que mantendría su promesa de no estorbar...

—Eso espero. Pero imagina que me cargara a uno de los del “compadre”... Corto. Ya están ahí.

Los dos individuos se encontraban en la puerta.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó uno.

El granjero Hoyt, además de que era algo cachazudo, estaba

instruido por Edgar. Salió de la habitación, bostezando.

—Hola. ¿Qué desean?

—Charlar con usted.

—Pues siéntense. Yo, por lo menos, voy a hacerlo, con su permiso. Estoy cansado.

—Ya le hemos visto en el campo.

—Y yo a ustedes —contestó Hoyt.

Era mejor ir a las claras. Eso le había aconsejado Edgar.

Uno de los individuos se sentó. El otro quedó en la puerta.

—Aquí vive muy apartado...

—No tanto. La autopista no queda lejos. ¿Dónde han dejado el coche?

Los dos individuos se miraron. Uno preguntó, escamado:

—¿Por qué supone que hemos venido en coche?

—¿Es que lo han hecho a pie?

—Bueno, quiero decir que ha podido traernos un coche de línea.

—¿Aquí? Los coches de línea pasan de largo... Claro que algunas veces... Dentro de ocho días vendrán mi mujer y mi hija. Entonces, sí, paran.

—También han parado para dejarnos a nosotros.

—Pues qué bueno —contestó Hoyt.

Y se hizo un silencio.

—Díganos cómo se llama —preguntó el que estaba en la puerta.

—Emil Hoyt.

—¿Vive aquí mucho tiempo?

—¡Uf! —y levantó una mano, como si fuera a coger una mosca.

—¿Esta casa la ha reformado?

—¿Cuánto tiempo llevan ustedes un traje?

Los dos se colocaron delante del granjero.

Uno le apuntó con una pistola.

—¡A ver si ahora tiene gana de broma!

—¡Pero, muchachos!... Lo que yo he querido decir es que, si una persona cambia a menudo de traje ¿por qué no puede modificarse una casa?

—¡Contéstenos a esto! ¿Hace años?...

El otro individuo concretó:

—¿Hace unos ocho años vivía aquí?

—Desde luego —contestó Hoyt.

—¿Recuerda si un hombre que sufrió un accidente de automóvil se refugió en su casa?

—¡Claro que lo recuerdo! Estaba herido en una pierna... Pero cuando se repuso, se marchó.

—¿Adónde?

—Supongo que se dirigiría a la autopista, para que lo recogiera algún coche. No quiso que yo lo acompañara.

—¿Recuerda a ese hombre?

—¿La cara? Me parece que no. Apenas lo vimos. Mi mujer dijo: “Debe de ser muy feo cuando tanto procura que no lo veamos”. Mi mujer es muy bromista, ¿saben?

—¡Y también nosotros! —dijo agoraramente el que empuñaba la pistola—. ¿Por aquí ha venido la policía?

—¿Para qué tenía que venir?

—Sabemos que estos días ha habido muchos policías por esta zona.

—Ah, ya. Eso ha sido por lo del avión. En el borde del desierto. Queda algo lejos. ¿Para qué tenían que venir aquí?

Siguió un breve silencio. El que empuñaba la pistola preguntó:

—¿A quién dio usted una pulsera de oro, que tenía la forma de serpiente?

—¡Caramba! ¿Ya lo saben ustedes? Se la vendí a un muchacho amigo de casa. Es periodista.

—¿Por cuánto se la vendió?

—Por dos mil dólares.

—¡Miente!

—Les puedo mostrar el recibo. Ahí mismo lo tengo —y señaló una pequeña mesa que había en un rincón.

—¡A verlo!

Hoyt abrió un cajón y de entre otros papeles sacó el recibo que escribió Edgar.

—¡Conque se trata de un amigo! ¡Lo estafó, idiota! —comentó el que empuñaba la pistola, después de leerlo.

Se oyó un silbido y el granjero pareció desmayarse. Se dejó caer de bruces, al tiempo que se abría una puerta.

—Vamos a ponerle más precio —dijo Edgar, haciendo un disparo contra el que empuñaba el arma.

El otro saltó buscando la puerta que daba al exterior, ya con la automática en la mano derecha, disparando.

El granjero se había dejado caer al oír el silbido de Edgar. La consigna era que permaneciera tendido, sin moverse.

Edgar, al hacer el primer disparo, buscó la mano armada del adversario. Pero este giró, para parapetarse tras una silla.

El proyectil le alcanzó en el pecho.

El otro pistolero asomaba el arma por la puerta y hacía disparos sin apuntar. Edgar saltó por encima del granjero, quien seguía

pegado al suelo.

Tiró una botella por la ventana y, al tiempo que se producía el estallido de vidrios, corrió a la puerta.

El pistolero no había podido evitar un movimiento maquinal, girando la cabeza. Intuyó la maniobra y retrocedió, acucillándose, buscando el amparo de un árbol.

Tropezó con una piedra y de nuevo se volvió. Cuando miró a la puerta, Edgar ya estaba allí, haciendo funcionar la pistola.

Hizo solamente un disparo. El individuo cayó de espaldas, al pie del árbol.

—Ya puede levantarse, Hoyt —dijo Edgar, entrando en la casa.

—¡Mi madre! ¿Es que puedo? —exclamó el granjero, agarrotado por el miedo.

Y rompió a reír, en burla de sí mismo.

—¡Tómese un trago! —contestó Edgar, pasando a la otra habitación.

Se puso a hacer llamadas con la emisora. Contestó Bessy:

—¡Jenkins y Clay han salido hacia ahí!... ¡Este chisme nos lleva de cabeza, esperando tu llamada...!

Se acercaba un coche. Edgar fue a la puerta, sosteniendo con una mano la emisora. Con la otra, la pistola.

El granjero empuñaba por tercera vez una botella de *whisky*.

—¿Más nubarrones, Edgar? —preguntó.

—No. Son amigos.

El coche se detuvo cerca de la casa. Saltaron Jenkins y Clay. El agente empuñaba una pistola.

Se inclinaron sobre el pistolero. Enseguida Jenkins miró hacia la puerta, donde estaba Edgar.

—Lo has dejado seco.

—Pues aquí dentro hay uno que está tostado.

Cuando Jenkins y Clay vieron el otro muerto, miraron a Edgar con sorpresa.

—No te andas con chinitas —comentó Jenkins.

El granjero Hoyt, después de empuñar una vez más la botella, manifestó:

—¡Pues sí que era para ir con delicadezas!... ¡En mi vida he pasado más miedo...!

Refirió lo ocurrido.

—¡Y con solo dos disparos, despachados! —exclamó Clay.

—¿Verdad que debía pedirle a Owans un puesto de guardaespaldas? —preguntó Edgar, sonriendo.

Pero no estaba satisfecho de cómo se había desarrollado el

encuentro.

—¡Yo quería vivo a uno de estos tipos! —exclamó, disgustado—. Usted no podrá quedarse aquí por ahora, Hoyt.

—No puedo dejar la granja. ¿Y los animales?

—No se preocupe —manifestó Jenkins—. Vendrán hombres que entienden de granjas.

Y cogiendo la emisora que utilizó Edgar, pasó a la otra habitación.

—Hasta ahora no he querido hacerle caso a Bessy —comentó Clay—. Ella dice que tu “compañero” es policía... No le he hecho caso, pero todo me pica cada vez que me pongo a su lado.

—Tendrá pulgas —contestó Edgar.

Jenkins salió.

—Dentro de un rato habrá aquí hombres que cuidarán de su casa, Hoyt.

—Si ellos vienen, quedaré protegido. ¿Para qué tengo que irme? Jenkins manifestó:

—Edgar le contestará. Es él quien lleva la iniciativa.

El periodista puso una mano sobre un hombro del granjero.

—Ya no debo ocultárselo, Hoyt. Usted peligra. También su mujer y su hija. Ustedes vieron al hombre que se refugió aquí...

—¡Pero si apenas le vimos la cara...!

—Él no se sentirá seguro mientras ustedes vivan. Por mucha discreción que haya tenido la policía en la recogida de los restos del avión, a estas horas el más interesado ya lo sabe. Usted ya ha oído a los pistoleros. Ellos sabían que estos días habían estado por aquí los policías... Venga con nosotros a Los Ángeles. Haremos que su esposa y Lille se reúnan con usted. Unos días en la gran ciudad les vendrán bien. Sobre todo teniendo los gastos pagados.

—¡No, Edgar! ¡Yo no consentiré que usted pague de su bolsillo...!

El periodista rompió a reír.

—¿Y quién ha dicho que voy a soltar un centavo de mi bolsillo? ¿Qué te parece, compañero? —y miró a Jenkins.

—Usted no se preocupe por eso, señor Hoyt —contestó el agente.

Clay empezó a rascarse. Momentos después cogía de un brazo a Edgar.

—¡Tú eres un buen sujeto! ¡Juegas limpio con los de una acera y con los de la otra! ¿No es así?

—Eso procuro, Clay.

—Bien —y agachó la cabeza, ofreciendo la testuz al puñal del matarife—. Si me equivoco, dame uno de tus golpes maestros. Ahí va esto: “¡Es un policía! ¡Simpático... pero un cochino policía!”

Y se quedó aguardando. Esperaba el golpe de karate.
Edgar le hizo cosquillas en la nuca. Y dijo:
—A ver si te cortas el pelo...

* * *

El mismo inspector Derwin apareció en la granja, con los dos agentes que tenían que encargarse de ella.

—Ahí, muchachos: a cuidar gallinas.

El granjero los llevó a la cuadra y después al gallinero.

—¡Me sacas de quicio! ¿Sabes, Edgar? —y dando con el pie en el suelo, se preguntó—: ¿Por qué accedería?

—Porque usted estaba seguro de que le escamotearía algún as.

—¡Pero eso es un delito!

—¿Usted hubiera sabido lo de la pulsera?

—Lo mismo que tú.

—No. Yo inspiro confianza a toda esta gente. Todos los años vengo, y charlo con todos los granjeros. Ellos me cuentan sus cosas. Yo, las mías...

—¡A mí tú no me lías! Eso de que te perdiste en el desierto y te encontraste con los restos del avión, es un cuento de brujas.

Edgar rompió a reír.

—Bien. Un granjero me escribió al periódico:

“Aquí he encontrado algo que debe interesarle...”

—Eso ya está mejor.

—Claro que el pobre hombre no llegó a ver la momia que había en la cabina. De lo contrario, tal vez no me hubiera avisado. ¿Y qué hay sobre el piloto? ¿Nada que lo identifique?

—Nada en absoluto. Si llevaba documentación, el que lo mató debió quitársela.

—Sin embargo, no se llevó la agenda.

—Quizá no llevara documentación. Era un avión pirata... que en ningún archivo de los aeródromos se echa de menos. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Llevarme a Hoyt a la granja dónde están los amigos. Y enseguida, a Los Ángeles.

—Pues allí nos veremos.

—Manténgase en la sombra, Derwin. Es un ruego.

El inspector se encogió de hombros.

—¡Allá tú! ¿Sabes que me tienes al agente Jenkins bien domesticado? ¡Cómo habla de ti! ¡Y parece que se divierte siendo tu compañero gráfico...!

—¿A que lo envidia?

—Pues... creo que la compañía que lleváis... De lejos, con prismáticos, he estado observando a esa chiquilla de los pantalones y el jersey. ¡Con qué cariño atendía las gallinas y los patos! De no saber que es una cantante... ¡Vaya con la pelirroja!

—Por ella voy, Derwin.

Momentos después el granjero Hoyt montaba en el descapotable de Edgar. Y unos minutos más tarde se detenían en otra granja, donde ya estaba el coche de Jenkins cargado de maletas.

La cabellera rojiza de Gery le caía sobre los delicados hombros, cubiertos por el suéter. Su juvenil busto era un grito de vitalidad.

Ella entornó los ojos verdes, tratando de mantener un gesto de indiferencia, cuando Edgar se le acercó.

—Creo que se han terminado las “vacaciones” —dijo Gery.

—No todavía. Pero ahora las seguiremos en Los Ángeles.

—Nos trajinas como si fuéramos maletas —comentó Bessy—. ¿Usted no protesta, “compañero”?

Se dirigía al agente Jenkins.

—El lleva la iniciativa. Yo me limito a que funcione el *flash*.

Junto al descapotable, Edgar le dijo a Gery:

—El granjero debe ir en el coche cerrado. No conviene que lo vean. ¿Qué te he hecho yo para que me rehúyas?

—No te rehúyo —contestó Gery.

Y se sentó junto al volante del coche de Edgar. Ya en marcha, cuando se acercaban a la autopista, ella confesó:

—En la granja me he estado preguntando: “¿Por qué se me ha atravesado Edgar? Hasta ahora él no ha hecho más que lo que prometió: darme publicidad”.

—Lo mismo me pregunté yo en la granja de Hoyt, mientras esperaba a los bichos: “¿Por qué no puedo tragar a esa pelirroja? Es bonita, tiene todos los encantos que fascinarían al más exigente... pero me crispa”. No lo entiendo, lo reconozco.

Permanecieron callados hasta que salieron a la autopista. El otro coche los seguía a bastante distancia porque a cada momento el granjero pedía:

—¡Oh! ¡No corra!

Gery se había sujetado la llama cobriza de la cabellera con un pañuelo, dejando libre el rostro, de acusados pómulos y firme barbilla.

Miraba a hurtadillas a Edgar.

—Esto no impedirá que todo siga lo mismo. ¿No es cierto? —preguntó.

—Ah, descuida. Tú tendrás una buena publicidad. Y yo aplastaré al sapo —contestó Edgar.

—¿Dónde haremos noche?

—En Heigeon City.

A Gery se le apareció la imagen de la coqueta Carol. Frunció el ceño y permaneció callada.

Al llegar a la pequeña ciudad, fueron al hotel donde Edgar tuvo el incidente del bar.

El granjero Hoyt, acompañado del agente Jenkins, cenó en la habitación del “reportero gráfico”.

—Me alegro, porque mi traje no está a tono con este hotel —dijo el granjero, pero él ya sabía que lo hacían por su seguridad.

En el comedor general estaban los otros cuatro. Apenas sentarse, de otra mesa una muchacha saludó levantando una mano.

—Ah, pues Carol sigue sola —dijo Edgar.

—Pues debías “acompañarla” —insinuó Gery.

—Eso voy a hacer.

Gery quedó con Bessy y Clay. La pelirroja trató de disimular.

—Nuestro amigo es un frescales, ¿no os parece?

—Edgar no nos haría este desaire si no fuera porque va tras algo serio —replicó Bessy.

—¿Es que esa descarada te parece poco serio?

—Bah. Edgar está acostumbrado a pelanduscas con más bigotes que esa.

Para Carol fue un triunfo que Edgar dejara la mesa de la pelirroja.

—¿Sola?

—¡Qué remedio! Angelo oyó que le llamé patoso y se fue, sin dejarme con qué pagar el hotel.

Edgar sabía que mentía.

—No te preocupes por eso.

—No me preocupo. Ya tengo dinero... ¿Te liga algo a la pelirroja?

—El trabajo. Ya estamos de regreso a Los Ángeles.

Edgar pidió que le sirvieran la cena en la mesa de Carol.

—Si tuvieras la noche libre...

—La tengo, Carol. Tan pronto mis amigos terminen de cenar se retirarán.

—¡Estupendo! ¿Nos iremos por ahí?

—A donde tú digas.

“Eres bonita, ¡pero qué estúpida!”, decía Edgar mentalmente.

Después de cenar, Edgar dijo:

—Ve a cambiarte. Me despediré, mientras tanto, de los amigos.

En otra mesa ya había advertido miradas sospechosas, de individuos bien vestidos.

—De acuerdo. Voy a ponerme un vestido... que hará que todos te envidien.

Se marchó Carol. Edgar pasó a la mesa de Gery.

—Decidle a mi compañero que esté listo.

Y salió tras Carol. En el corredor esperó a que ella se metiera en su habitación.

Cuando Carol se disponía a cerrar, Edgar empujó la puerta.

—¿No me esperas abajo?

—No. Todavía tengo viva la quemadura de tus labios.

Ella se echó a reír, mientras Edgar cerraba la puerta, pasando el pestillo.

—¡Qué embustero!

Pero ella le rodeó con sus brazos, pegándose a él. Se besaron.

Carol, al separarse, con una mano se abanicó los labios.

—Eres único para besar... Espera aquí. Voy a cambiarme...

Ya había dado unos pasos, alejándose de Edgar para meterse en otro departamento, cuando él la cogió de una mano.

—Espera. ¿Te ha mandado esto Angelo?

Ella se puso nerviosa. Trató de disimular, sonriendo.

—¿Qué es lo que te figuras?

El error de Carol fue dirigir una mirada al otro departamento. Edgar corrió allí.

Había un hombre pegado al tabique, junto a la puerta. Se abalanzó sobre Edgar, pero este dio un salto atrás y el otro manoteó en el vacío.

Con la mano de canto le dio en la nuca. Como en otra ocasión le ocurrió a Clay, ahora Angelo cayó de panza, como una rana al saltar a la charca.

Carol intentó huir, pero Edgar la agarró del vestido, por detrás, y dio un fuerte tirón.

—¡Sal ahora, si quieres publicidad!

Le había dejado el vestido desgarrado de tal manera, que quedaban al aire sus prendas más íntimas. Su aspecto era demasiado ridículo para que Carol se decidiera a salir, pese a su descoco.

—¿Qué has hecho? —gritó.

—Menos tonterías. ¿Qué me preparabais?

Como ella vacilara, Edgar abrió la puerta y emitió un corto silbido. Jenkins apareció con la cámara y el *flash*.

—¡Adelante, compañero! Por detrás tiene una perspectiva más

perfecta —y obligó a que Carol girara.

El *flash* funcionó varias veces seguidas. Bessy, Gery y Clay acudieron a tiempo.

También algunos clientes del hotel. Un hombre de edad madura, que llevaba un bigote con las puntas hacia arriba, quedó con la boca abierta, al ver a Carol de espaldas. Y soltó un ¡ji, ji! que lo mismo podía ser una exclamación de protesta como de aprobación.

—¡Entrad! —dijo Edgar, haciendo pasar a sus amigos.

Clay se encargó de cerrar la puerta. Carol, encarnada por el bochorno y la ira, le espetó a Edgar:

—¡Eres un rufián!

—De acuerdo, monada. Pero si tus besos son algo digno de tener en cuenta, tus maniobras como “gancho” resultaban una birria. Estás a la altura de Angelo. ¿Adónde queríais llevarme?

Gery no parecía conforme con lo que ocurría. Pero Bessy, que estaba habituada a la “técnica” de Edgar, se acercó a Carol, en actitud conciliadora.

—Vamos, niña. Tú no sabes con quién te la juegas... Es mejor que confieses. ¿Qué le preparabais a Edgar?

Tras un breve silencio, Carol confesó:

—Un tipo calvo, dueño de un club, me ha prometido un contrato si llevaba a Edgar a un hotel que hay en las afueras...

—Ese calvo es Kecton —dijo Edgar.

Por consejo de Jenkins, el granjero se había encerrado en su habitación.

—Bien, me llevarás allí y no perderás el contrato —siguió el periodista—. ¿Ya Angelo qué le han prometido?

—Un hombre grueso ha dicho que le dará trabajo. Esto fue una sorpresa para todos.

—¿Aquí tenemos a Owans? —exclamó Edgar.

—Yo no conozco a ese hombre. Pero Angelo ha dicho que es un personaje. Se ha ido de la ciudad este mediodía.

Un rato más tarde comprobaron que Kecton también se había marchado. En vano Carol se puso el vestido más sugerente.

Los que espían en el comedor dieron la voz de alarma y cuando acudieron al hotel situado en las afueras les dijeron que varios hombres habían salido precipitadamente, en dos coches.

Jenkins se quedó con Angelo, porque Edgar se negó a que lo acompañara. Bessy y Gery se habían retirado a una misma habitación. Clay quedó con el granjero.

Al regresar Edgar con Carol, le dijo a Angelo:

—Te advertí que las acciones de Owans Leber están en baja.

¿Qué debemos hacer ahora? ¿Otra vez dejarte en libertad?

—Eso le he preguntado —dijo el agente Jenkins—. Dice que le prometieron que nada malo te sucedería. Que solamente querían preguntarte por qué te llevaste del club a sus dos mejores artistas...

—Kecton es muy considerado con sus estrellas.

Carol y Angelo estaban muy acobardados.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jenkins.

—Dejarlos. Pronto se convencerán de que el papel de Owans está en baja.

Salieron de la habitación. El cuarto de Edgar estaba enfrente del de Hoyt.

De madrugada se oyó el vozarrón de Clay:

—¿Quién hurga ahí fuera?

Alguien trataba de abrir. Edgar no había podido conciliar el sueño, advertido por el instinto de que todavía iba a suceder algo aquella noche.

Se levantó sin encender la luz, cogió la pistola y con sigilo abrió la puerta. Vio a tres individuos inclinados sobre la cerradura de la habitación en la que se encontraban Clay y el granjero Hoyt.

—¿Queréis la llave? —preguntó Edgar.

Dos individuos giraron, disparando. El tercero también puso en acción un arma de fuego. Pero era una metralleta.

Tiraba contra la cerradura, y contra la madera. Saltaron astillas y la puerta se abrió.

Desde otras dos puertas empezaron a dispararles. Una era la que ocupaba Edgar.

Otra, el agente Jenkins. Sus disparos fueron tan certeros, que en unos segundos los tres pistoleros quedaron fuera de combate.

Varias puertas empezaron a abrirse. Bessy y Gery aparecieron, envueltas en transparentes saltos de cama.

También asomaron Carol y Angelo. Hasta el hombre del bigote con puntas hacia arriba.

Edgar dirigió una mirada amistosa a Angelo, como diciéndole: “Tú podrías ser uno de ellos”.

Era lo mismo que pensaba Clay, que se había quedado para proteger al granjero. También él pudo ser un paquete sanguinolento, lleno de agujeros.

—¿Dónde está Hoyt? —preguntó Edgar, al entrar en la habitación del granjero.

—¡Aquí! —la voz se oyó debajo de una cama—. ¡Por lo visto la han tomado conmigo...!

CAPÍTULO VII

Kecton, desencajado, fue a la mesa que ocupaban Edgar y Jenkins.

—¡Otra vez la máquina! ¡Saben que eso no se puede hacer! La clientela se escama...

—Dentro de poco ya no tendrá que preocuparse por la clientela, Kecton —contestó Edgar, indiferente—. Va una, compañero.

Y Jenkins soltó el *flash*, enfocando las mesas.

—¡Haré que los echen de mi local!

—Inténtelo, Kecton... Mire a un extremo de la sala. Usted debe conocer a los dos hombres que ocupan la mesa cercana al bar.

Uno era Clay. El otro, el granjero Hoyt. Este vestía ropa nueva, que le resultaba bastante incómoda.

—Sí. Uno es un viejo conocido. Clay creo que se llama... Trabajaba para Owans.

—¿Nada le dice la otra cara? ¿Nos acercamos?

—¿Para qué?

—Me gustaría hacer una prueba. Taparle la calva, situarlo en un sitio con menos luz...

En ese momento Hoyt levantaba una mano. Era una seña convenida.

—Ya no es necesario —dijo Edgar.

Ahora fue el periodista quien levantó una mano. Clay y el granjero se levantaron y se marcharon.

Kecton empezó a palidecer.

—¿Qué significa esto?

—Trucos del periodismo, Kecton. Ese hombre que estaba con Clay acaba de reconocer a cierto individuo que se refugió en su granja... hace ocho años.

—No sé de qué me habla.

—Da lo mismo. ¿Nos vamos, compañero?

Jenkins se dispuso a desmontar la cámara.

—No es tan fácil salir de aquí, Edgar. En mi despacho le espera alguien que usted humilló. Y nos está oyendo...

—Ah. ¿Sí? —Edgar miró con burla todos los objetos que había sobre la mesa—. Instalar micros está muy gastado.

—Tendrá que acompañarme al despacho. A menos que no le importen Gery y Bessy.

—Ellas están en el departamento de Bessy.

—Y siguen allí. Y bien “custodiadas”. Pero si dentro de media hora no les damos un aviso por teléfono, pueden quedar con la cara estropeada. Eso sería una lástima. ¿No cree? Las dos son bonitas... Sobre todo, la pelirroja. ¿Qué publicidad iba usted a desarrollar con una cara deshecha? Los que están con ellas son verdaderos “artistas”.

—¿Esto lo sabe Owans?

—Es idea de él.

—Digna de un puerco.

—Le repito que está oyéndole.

—Me da lo mismo. Pero volvamos a lo que importa. ¿No recuerda al granjero que acaba de marcharse? Cierta individuo se refugió en su casa, herido en una pierna. Estaba muy nervioso. Llevaba un paquete y procuraba que no le vieran la cara... También traía siete ajorcas que formaban un semanario. Pero debió rompersele el broche que sujetaba los siete aros, o bien no dio tiempo a que lo pusiera el orfebre. El caso es que un aro se le perdió. Ya digo, estaba muy nervioso. Seguramente ni siquiera pensó que pudo haberse caído en la habitación donde lo cobijaron... Le importaba más la valiosa carga de heroína que había sacado de un avión pirata.

Ahora Kecton estaba lívido. Puso las manos bajo la mesa y durante unos momentos estuvo hurgando.

—¿Desconectado? —preguntó el periodista.

—¡Sí! —contestó Kecton—. ¡Y ahora escuche esto: nada de lo que ha dicho va conmigo! ¡Nada!

—Me habré equivocado. ¿Pasamos a ver a Owans?

—¡Pero usted solo!

Edgar se levantó.

—Si tardo en salir, ya sabes, compañero: haz ruido.

Jenkins asintió.

—Si usted está quieto, nada le ocurrirá. A su amigo solo vamos a darle unos “consejos” —dijo Kecton, dirigiéndose al “reportero gráfico”—. ¡Y cierre de una vez esa cámara!

—Lo que usted mande —contestó Jenkins, procediendo a desmontarla para meterla en la bolsa de cuero.

Kecton y Edgar desaparecieron de la sala. La puerta del despacho estaba entornada.

Entró Kecton. A continuación, Edgar, pero ya preparado. Y cuando dos individuos se le echaron encima, maniobró hábilmente.

Los dos salieron disparados en direcciones opuestas, rugiendo,

las manos en el estómago.

Sentado en el sillón que había frente a la mesa escritorio estaba Owans. Sobre el tablero tenía una caja de bombones. De vez en cuando cogía uno y se lo pasaba por los labios, dándole leves toques con la lengua.

Sus ojos tenían un brillo más vivo que nunca. Sonriendo dijo:

—Vamos, muchachos: eso no son maneras.

—¿Verdad? —preguntó Edgar.

—Ellos solo querían saber si llevaba pistola.

—Pues mejor para todos si me lo hubieran preguntado —y abrió la chaqueta—. Nada por aquí... Ni por aquí.

Sacó los forros de los bolsillos de la chaqueta. Los dos individuos, todavía no repuestos del doloroso golpe que habían recibido en el estómago, miraban a Edgar con ganas de destruirlo.

Pero el jefe no parecía molesto por la actitud del periodista.

—Siéntese, Edgar... He oído algo muy interesante. Todo lo que hablaban fuera era muy interesante... hasta que se produjo una “avería” —y mirando a Kecton—: Para la otra vez busca a técnicos más capaces. ¡Conque el dichoso aro lo encontró usted en una granja!... ¿Me da fuego?

Owans había tirado al cesto un bombón húmedo de saliva. Ahora tenía en los labios un cigarrillo.

Edgar le acercó la llama del mechero. Después de encender, Owans cogió el encendedor. Lo miró y dijo:

—Es bonito. Déjelo ahí. Me gusta contemplar las cosas bellas.

Y se quedó mirando a Edgar, sonriendo. El periodista también sonreía y sostuvo su mirada. “De pillo a pillo, ¿eh, Owans? Pero veremos quién gana...”

—Ese encendedor podría ser una emisora. Hoy se hacen maravillas —comentó Owans.

—Cierto.

De repente dejó de ocuparse del encendedor. Clavó la mirada en Kecton.

—No me dijiste que el séptimo aro se perdió en una granja...

Kecton iba a contestar, pero Owans movió la mano izquierda, de piel fina, llena de sortijas.

—Ya hablarás... Tampoco me dijiste que tú trataste directamente con el orfebre. Ahora recuerdo que de Méjico viniste con mucha “suerte”... Pronto prosperaste. ¿Por qué?

—Usted me prestó ayuda.

—¿Yo? —Owans aplastó el cigarrillo y cogió un bombón, que volvió a pasarse por los labios finos, extremadamente rojos.

Sonriendo, dijo a Edgar—: Soy goloso. Pero la obesidad... Paciencia. Sigue, Kecton: se han encontrado los restos de un avión... Y voy recordando... Sí. Por entonces, Foscolo Basili... ¡El pobre ya está muerto!... Por entonces Basili se tiraba de los pelos por la desaparición de un “cargamento”. Yo siempre le dije: “Busca negocios sanos”. Pero no me hacía caso. Un día, en una redada de la policía, Basili desapareció.

Ahora pasó el bombón por la lengua.

—Voy recordando... Tú te fuiste a Méjico porque aquí los muchachos te hacían el vacío. Y volviste para contentarme con seis serpientes de oro. ¿Eh, Kecton? También recuerdo que me pediste un préstamo para abrir un club. Sin embargo, más tarde supe que tenías una cuenta bastante respetable para haber iniciado tu negocio sin ayuda de nadie. ¿Por qué eso, Kecton? ¿Por despistar? ¿Con los amigos?

Kecton tenía ahora el rostro color de tierra. Miraba a Edgar odiándole a muerte. Comprendía su jugada en la sala, al seguir hablando del granjero, después de saber que había un micrófono que permitía a Owans seguir la conversación.

—La amistad debe contar siempre, Kecton —siguió Owans—. ¡Qué sería del mundo sin la amistad, la lealtad...!

Era el tema favorito de Owans Leber.

—Tengo entendido que el piloto tenía un balazo en la nuca —siguió Owans—. ¿Es así, Edgar?

—Está usted muy bien informado...

—Un disparo en la nuca —Owans se puso el bombón en la boca y empezó a mascarlo.

Para los que lo conocían, era un síntoma alarmante. Quería significar que su pensamiento dejaba libre al cuerpo y solamente el instinto movía aquella masa.

—Pienso en el piloto... Tú no sabes de aviación. ¿Para qué demonios tenía que admitirte a bordo? Ahora bien, podía tratarse de un amigo. ¿Eh, Kecton? Quizá un amigo de guerra. Basili utilizaba a dos pilotos que estuvieron en Corea... ¿Tú no estuviste allí? En Sanidad, me parece recordar. ¿Eh? Entre los heridos, la morfina era cosa del día... Los dos pilotos de Basili eran toxicómanos. ¿Cómo te metiste en el avión?

Kecton, con los ojos desorbitados, exclamó:

—¡Está equivocado, Owans! ¡Yo no soy... quien usted imagina...!

—¡Eres quien yo digo! —escupió los pedazos del dulce que tenía en la boca—. ¡Valiéndote de la amistad, te metiste en el avión!... ¡La amistad cuenta! ¡Es lo único que cuenta!

Movió una mano y los dos individuos se lanzaron sobre Kecton. Uno lo sujetó por detrás, mientras el otro procedió a darle golpes en la cara.

—No se pierda el espectáculo, Edgar —dijo Owans, indicándole que se hiciera a un lado.

El periodista movió la silla. El encendedor seguía levantado, en el centro de la mesa.

—No pararán hasta que confieses, Kecton —dijo Owans, cogiendo otro bombón—. ¿Para qué utilizaste la amistad?

Siguieron los golpes. La boca de Kecton sangraba.

—¿Qué dices? —preguntó Owans, pasándose el dulce por los labios.

Kecton resollaba. El individuo que lo golpeó se colocó a un lado.

—¡No era... amigo!

—¿Ah, no? ¿Y te admitió a bordo?

—¡Porque yo... sabía que el piloto... dio una sobredosis al orfebre... para quitarle los aros!... ¡Lo había asesinado! ¡Y lo hice valer...!

—Y luego, tú mataste al piloto —dijo Owans.

Edgar miraba a Kecton. Estaba aterrorizado.

—¡Sí! ¡Pero no era mi amigo...!

Edgar se había levantado, yendo hacia la puerta. Quería comprobar si el pestillo estaba pasado. Lo estaba. No se atrevió a descorrerlo.

La situación tenía que resolverla solo.

—¿Qué le pasa, Edgar? —preguntó Owans—. ¿Le molesta el espectáculo?

—Un poco...

—El resultado ha sido bueno. Kecton ha reconocido que mató al piloto, pero que no era su amigo. La amistad se salva.

Edgar Se puso un cigarrillo en los labios. Fue a la mesa y cogió el encendedor.

De pronto dio un salto, colocándose al lado de uno de los individuos. Movió la mano izquierda, como si fuera una cuchilla, y la descargó en el cuello.

Con el otro tuvo que pelear a puño. Durante unos momentos Owans pareció estar saboreando la mejor golosina.

No cambió de gesto ni siquiera cuando vio que Edgar tenía en la mano derecha una automática, que acababa de quitar a su adversario.

—¡Kecton! ¡Además de un asesino... es usted un imbécil que se deja llevar por ese cerdo!... ¡Mire esto!

Con la otra mano sostenía el encendedor.

—¡Es una emisora de corto alcance!... ¡En la sala está mi compañero Jenkins, con la cámara... que *ahora*, es una emisora potente!... ¡Y Owans lo sabía...!

El grueso individuo se puso a reír.

—¿Por qué no? El truco es bien infantil.

—¡No tanto, Owans! Esta vez mi compañero ha estado manejando una emisora de largo alcance. Este edificio está acordonado por la policía...

—¿Y qué?

—Kecton ha dicho que Gery y Bessy pueden sufrir daños... por orden suya.

—Una invención de Kecton.

—Eso ya se comprobará. Tiene usted su oportunidad ahora, Kecton. La policía ha registrado todo lo que ha dicho... ¡Haga que hable Owans!

Las manos finas del grueso *gangster* se movieron, buscando el cajón central de la mesa.

—¡Le enviaré un bombón de plomo, Owans! —advirtió Edgar.

Y con la otra mano acercaba el encendedor a Kecton. Este, mirando el mechero como si fuera un juez, prorrumpió:

—¡Owans es un asesino!... ¡Owans maneja una organización de extorsionistas y timbas clandestinas!... ¡Owans mató a Biny...!

Era la del brazo hermoso, saliendo del coche aplastado.

—¿Por qué? —preguntó Edgar.

—¡Bebía demasiado y se iba de la lengua!... ¡En una fiesta... soltó cosas que a Owans no le gustaron! ¿Es así? —y se quedó mirando al grasiento jefe. Este seguía sonriendo—. ¡Oí cómo ordenaba a su chófer que “arreglara” la dirección del coche de Biny! ¡Ella conducía demasiado bien, aunque estuviese borracha!... ¡El chófer vive aún! ¡Él lo confirmará! ¡Ahora es el lugarteniente de Owans! ¡Me refiero a Geffen!

El rostro de Owans Leber iba transfigurándose. Pareció que toda la grasa se derretía. El rostro se le llenó de sudor.

Uno de los que estaban en el suelo, obedeciendo a una mirada del jefe, se lanzó contra las piernas de Edgar. Era el individuo que desarmó el periodista.

El otro, el que recibió el golpe en el cuello, ya hacía unos momentos que se había recobrado, pero permanecía de bruces. Espiaba el rostro de Owans, esperando la orden.

Y el jefe no la dio solo con el gesto sino que gritó:

—¡Acribillad a los dos!

Seguro de que lo obedecerían, no se preocupó de Edgar. Como sí en el cajón central estuvieran las golosinas más sabrosas, o las joyas más deseadas, abrió, introdujo las dos manos...

Apareció su mano derecha empuñando una pistola ametralladora. Soltó una ráfaga, sin mirar.

Edgar ya había hecho un disparo contra el que se le echaba encima.

Y teniéndolo como escudo, se acucilló en un ángulo del despacho.

Owans parecía un niño con un juguete nuevo, soltando ráfagas.

Desde el ángulo en que estaba Edgar, cubierto por el individuo, hizo otro disparo.

Owans cayó sentado, sin soltar la pistola. Se volcó hacia atrás, y disparó al techo. Enseguida soltó el arma.

Kecton y el otro individuo estaban muertos. También el que había servido de escudo a Edgar.

El periodista acercó la boca al encendedor.

—El reportaje ha terminado.

Luego se acercó al sillón donde estaba Owans. Todavía se hallaba vivo.

—Ni siquiera existía esa cualidad en ti, cerdo. ¡La amistad! ¡La lealtad! —y señaló al pistolero que había caído acribillado por la pistola que manejó Owans—. Veremos si tu lugarteniente te es fiel, cuando sepa esto...

Owans iba a sonreír por última vez, pero la sangre le llenó la boca y dio una sacudida.

Daban golpes en la puerta.

—¡Abre, Edgar!

Era el inspector Derwin. Entró con la frente llena de sudor.

—¿Qué es de las muchachas?

—Están seguras. Había dos tipos vigilando el corredor. No llegaron a entrar en el compartimento... Apenas oímos lo de “señalarlas”, dimos orden a los que estaban de guardia para que las llevaran a la comisaría. Desde allí han estado siguiendo todo... ¡Vaya noche!

—¿Y el granjero y Clay?

—También en la comisaría.

El *flash* parpadeó varias veces.

—¡No me jorobe, Jenkins! —gritó el inspector, que estaba observando el cadáver de Owans.

—Ahora ya no funciona la emisora. Ahora trabajo para el “compañero” —contestó el agente.

Dos coches patrulla se encontraban en aquel momento yendo a la villa de Owans Leber, para detener a Geffen y otros secuaces.

En el club, durante el tiempo que Edgar estuvo en el despacho, la policía había maniobrado hábilmente, procurando controlar toda la sala, sin que se produjeran tumultos.

—Yo no puedo perderme la confesión de Geffen —manifestó Edgar—. ¿No cree que tengo derecho?

El inspector hizo una mueca. Después de pensarlo, preguntó:

—¿Y querrás a tu lado al compañero “gráfico”?

—Naturalmente. Todos estamos trabajando, cada uno en lo suyo.

Pero Edgar se perdió la invasión de la villa. Luego lo lamentó, porque hubo fiesta.

El lugarteniente Geffen, el que en otro tiempo fue el chófer de confianza de Owans, estuvo haciendo llamadas al club. Como no obtuviera la respuesta que esperaba, movilizó a los pistoleros.

Cuando llegaron los dos coches de la policía, los recibieron a tiros. Pero pronto se desmoralizaron.

El inspector Derwin, al salir del “Rutilante”, dijo a Edgar:

—Esperaremos en la comisaría. Allí oirás a Geffen, en el supuesto de que el pájaro quede con voz.

Aquella comisaría parecía un refugio habilitado para cobijar a unos desahuciados.

En las celdas más cómodas estaban Clay, el granjero Hoyt, Bessy y Gery.

—Traten de dormir. Quizá tarden —les habían dicho.

El granjero se había quitado la corbata y se había despasado el cuello.

—¡Esto son vacaciones! —comentaba, tomándolo a chufra.

Pero nunca olvidaría los ratos de miedo que había pasado.

—Esto no tiene importancia —le dijo Clay.

—¿Es que van a venir cosas peores?

—No creo.

Aparecieron Edgar, Jenkins y el inspector. El periodista fue directo a la celda donde estaban las muchachas.

La puerta estaba abierta.

—¿Asustadas? —preguntó, cogiendo la mano a una y a otra, al mismo tiempo.

—¿Por qué teníamos que estarlo? ¡Menudo serial hemos oído por radio! —exclamó Bessy.

Pero se notaba que había padecido mucho, oyendo a Edgar dentro del despacho.

—¿A ti te ha gustado? —preguntó a Gery.

Los ojos de la pelirroja estaban húmedos. Edgar le pasó las manos por la espalda y la obligó a girar.

La besó fuertemente en los labios. Fuerte y largamente, mientras Jenkins le daba al *flash*.

Al separarse de Gery, dijo Edgar:

—¡No tomes lo que va a venir!

Pero el compañero “gráfico” estaba dispuesto a no perderlo y siguió con la cámara lista.

Más no hubo bofetadas. Ni siquiera protestas. Los ojos de Gery se humedecieron más. Siguió inmóvil y murmuró:

—¡Payaso!

* * *

Cuando Geffen oyó por el magnetofón todo lo que se había hablado en el despacho, prorrumpió:

—¡Owans me obligó a que “arreglara” la dirección del coche de Biny! ¡A otras las ha liquidado enviándolas al extranjero donde siempre había alguien a la espera para echarlas al mar...!

—Owans era amigo de los amigos, ¿no lo tienes en cuenta? —preguntó el inspector, sabiendo que esto complacería a Edgar, quien siempre había sentido náuseas por los alardes del desaparecido *gangster*.

—¡El solo era amigo de su barriga...!

Con las revelaciones de Geffen y otros secuaces, se pudieron efectuar detenciones de individuos que pasaban por hombres respetables.

Quedó al descubierto una vasta organización dedicada al tráfico de narcóticos y otras actividades delictivas.

* * *

Edgar no consintió que le escamotearan ninguna foto. Empezó los reportajes.

Cloke, el “ínclito” director del periódico, se frotaba las manos siempre que Edgar no pudiera verlo.

—¡Vale ese muchacho! ¡Vale!... ¡Pero que no se entere...!

Llegó el momento en que el director y Edgar tuvieron que despedirse de Jenkins.

—Vuelvo a Washington.

—¡Usted sería un gran reportero gráfico! —dijo el director—. ¿Por qué no renuncia a ser agente?

—Si he sido un reportero con golpes “oportunos”, se debe a Edgar. “¡Hale, compañero!”. Usted no sabe cómo anima su voz...

Un elogio a Edgar, en presencia del interesado, no podía tolerarlo el director.

—¡Sí! ¡Hay quién nace para arriero!

—Detenlo, Jenkins; te ha llamado caballería —dijo Edgar.

Cloke se azoró y empezó a disculparse. Todo terminó en risa.

—Cuando acabe los reportajes, ya sabe: dos meses libres para mi novela.

—¡Qué remedio!

No obstante estar muy atareado con los reportajes, Edgar no perdía ocasión de entrevistarse con empresarios y artistas.

Por consejo de Edgar, la pelirroja permanecía descansando. A Bessy le procuró un contrato en un club, donde también trabajaba su marido, como elemento de “orden”.

Todos los días se veía con Gery. Paseaban, se metían en algún bar.

Una tarde le dijo:

—Mira a ese hombre de la cartera de cuero. Verás cómo se sienta a nuestra mesa.

Y así ocurrió. Claro que, antes de sentarse, saludó:

—¿Señorita Arkin?

—¿Usted cree que puede ser otra, señor Laskey? —dijo Edgar, levantándose.

Momentos después, de la cartera salían unos contratos. Eran para actuar en la televisión.

—Léelos bien, mientras el señor Laskey y yo conversamos.

Gery, apenas leer las primeras cláusulas, quedó maravillada.

—¿Esto es cierto? —preguntó.

—¡Cuidado! —la reprendió Edgar—. El señor Laskey es parte interesada y puede bajarte el sueldo...

Cuando salieron los tres del bar, los contratos ya estaban firmados.

Edgar la acompañó al hotel.

—Ya tienes la ocasión de llegar sin claudicaciones. ¡Imponte a millones de telespectadores...!

Ella hincó los ojos verdes en los de Edgar.

—¡Tengo un poco de miedo! ¿Me ayudarás?

—Me dijiste que no tenías miedo a nada. Recuerda la aldea de tierra seca y vidas mustias... No me necesitas.

EPÍLOGO

Al granjero Hoyt le había salido un grano con sus “vacaciones”. Edgar, que estaba allí trabajando en su novela, atizaba el fuego.

—¡Tu hija y yo, en Carson City, cuidando a una enferma, mientras que el “pollo” con reuma dándose la gran vida por los clubs nocturnos de Los Ángeles! ¡Ahí es nada...!

—¡Y que lo digas! ¡Y mira que lo pasé bien!

Cuando ocurría esto, si se encontraba en la habitación donde estuvieron los pistoleros, instintivamente miraba el sitio donde permaneció tumbado, esperando una descarga.

Si lo de la “juerga” surgía en el dormitorio, el granjero Hoyt recordaba la vez que estuvo bajo una cama, esperando que acribillaran la puerta, como así ocurrió.

Y si le mentaban un club nocturno, se veía en la sala del “Rutilante”, junto a Clay, quien para animarle le decía: “La mitad de la gente que está aquí lleva pistola, pondría las manos en el fuego...”

—¡Lo pasé en grande! —decía el granjero, no queriendo confesar lo que le había ocurrido.

Pero su mujer ya lo sabía por Edgar. Y también su hija.

El periodista les había devuelto el aro, con una gratificación de la policía.

Para escribir, Edgar se alejaba de la casa.

Pero la novela avanzaba muy poco. No conseguía concentrarse.

—Es que ha trabajado usted demasiado con este jaleo —le decían los granjeros.

El rato bueno era por la noche, después de la cena, cuando en la pequeña pantalla del televisor aparecía el programa musical en el que intervenía Gery.

Entonces todos, el matrimonio, la joven Lille y Edgar permanecían absortos.

Gery estaba teniendo un éxito arrollador. Salía vestida con los más sugerentes trajes. Millones de espectadores podían apreciar su magnífica figura como podían recrearse oyendo su pastosa voz, de un sello tan especial, que embelesaba hasta al oído más exigente o más torpe.

—¡Qué cosa más grande es esa chiquilla! —exclamó una noche el granjero.

—¡Hum! ¡Ya quisieras volver a las noches en que te paseabas con ella por los clubs...!

—¡Cuernos, ya está bien...!

—¡Cállense! —intervino la hija—. ¡Gery va a hablar...!

Era una especie de homenaje. El locutor le acercó el micrófono portátil en el momento en que ella terminó su actuación. La orquesta que la acompañaba se había puesto en pie, para aplaudirla.

—¿Contenta? —preguntó el locutor.

Un primer plano captaba el rostro emocionado de Gery. La cámara se inclinó ligeramente, alcanzando la línea del seno. Se advirtieron aceleradas palpitaciones.

La muchacha contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza porque la emoción no la dejaba hablar.

De pronto se serenó.

—¿Ha sido difícil su carrera? —preguntó el locutor.

—No. Tuve la suerte de encontrar a gente muy noble...

Hubo alusiones a Edgar, a Bessy...

A medida que la entrevista avanzaba, Gery parecía más dueña de sí misma. Daba la impresión de que recordaba el consejo de Edgar: “Recuerda la aldea con tierras secas y vidas mustias... ¡Domina el momento!”

—Y ahora una pregunta quizá indiscreta: ¿Enamorada? —preguntó el locutor.

La respuesta fue rápida, rotunda:

—¡Sí! ¡Muy enamorada!

—¡Qué suerte de hombre!

Gery hizo un gesto triste y murmuró:

—No. Ni siquiera se ha enterado.

Aquella misma noche; al llegar Gery al hotel, le entregaron un telegrama. Lo enviaba Edgar:

“Oí entrevista. ¡Protesto! ¿Puede existir un hombre al que quieras y no caiga de rodillas? ¡Debe ser un imbécil!”

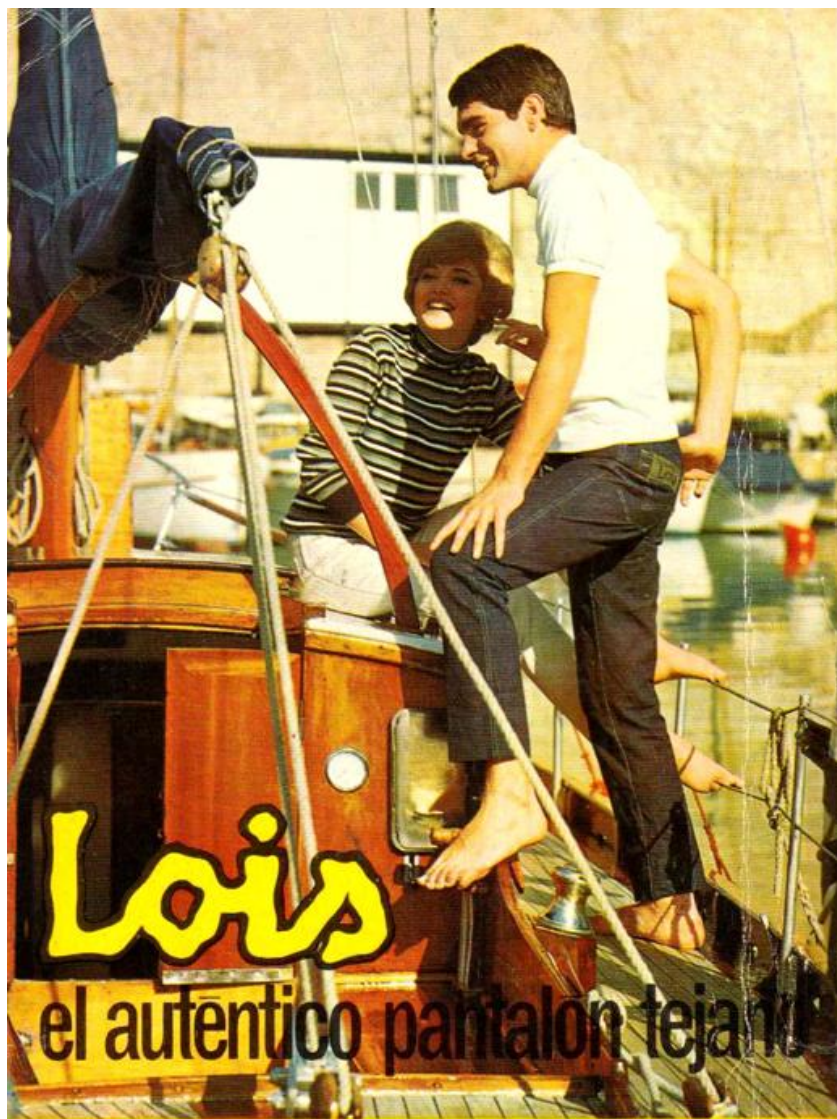
Por la mañana, en la granja de los Hoyt se recibió un telegrama de Gery. Iba dirigido a Edgar:

“No eres imbécil... pero sí algo tonto”.

Aquella misma mañana Edgar salía en el descapotable hacia la autopista, para dirigirse a Los Ángeles.

En el trayecto fue multado dos veces por exceso de velocidad...

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.